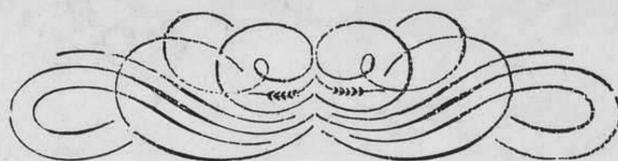


EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO SEXTO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES PROPIETARIOS

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, N° 10.

1855

II

CORREO DE ULTRAMAR

PARTI TERRARIA IUSTITIA

TOMO SEXTO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

DE LAS COMUNIDADES Y TERRAS ENTONCES PROYECTADAS

EN LA PLAZA DE LA ESTACION, N.º 10

1883



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 431.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El Corpus; grabado. — Historia abreviada de las Ordenes militares y civiles de España. — Correspondencia de la Crimea; grabados. — Derrota y prision del khan de Khiva por los persas; grabados. — Revista de Paris. — Diadema de los mares. — Versalles; grabados. — Elvira y Luisa. — Concurso universal agrícola de animales reproductores franceses y extranjeros; grabados.

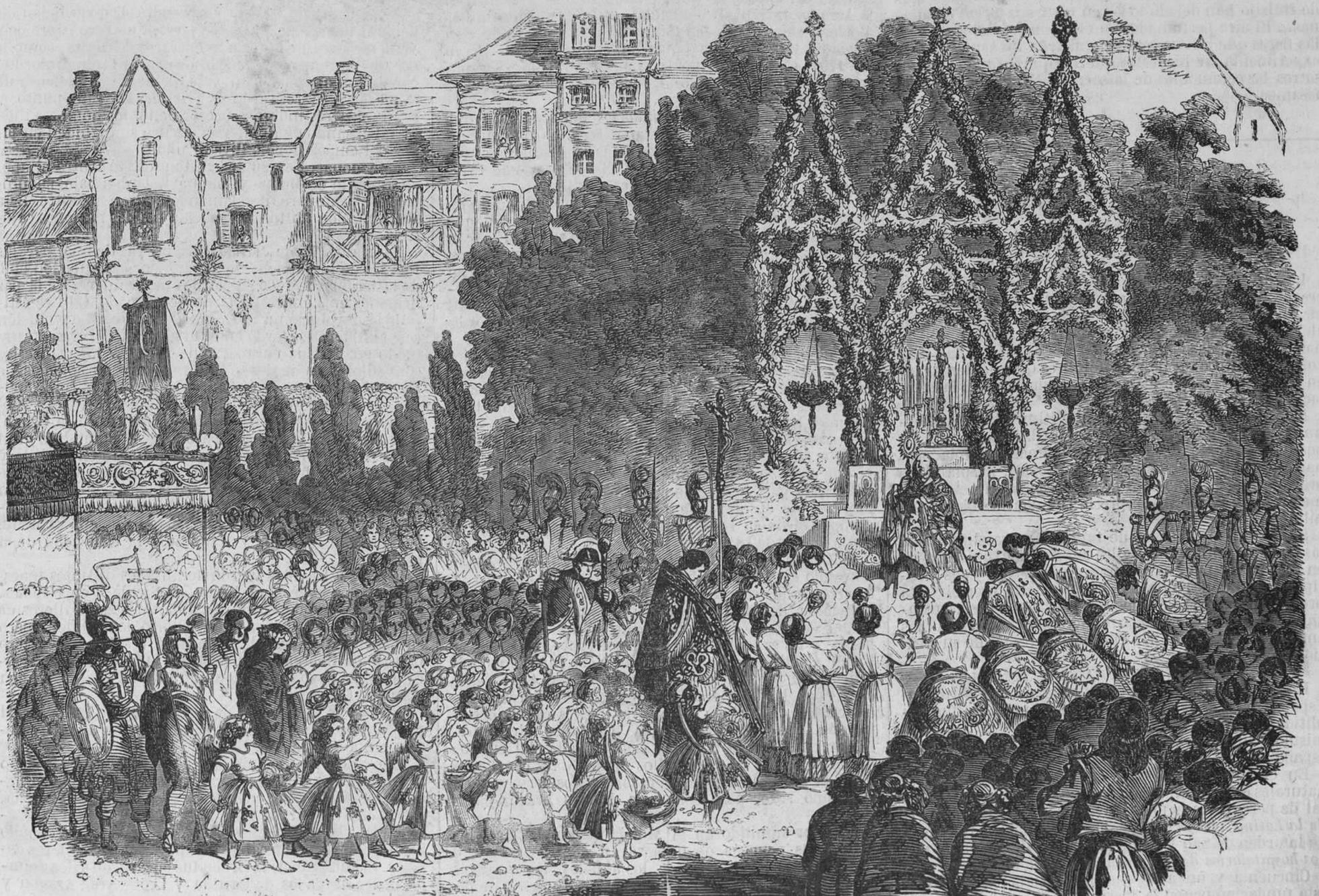
El Corpus.

¿No parece este día el mas alegre de todos los del año? La tierra despierta de su letargo bella y engalanada con el soplo de la primavera; el cielo se presenta a nuestra vista azul como el iris; los árboles conservan aun su primitivo y mas fresco verdor y los jardines y los campos se hallan en el apogeo de su lozanía: en fin, parece el día predilecto por Dios para bendecir su obra.

Es de ver como para esa fiesta acuden todas las ciudades de la Baja Bretaña con unos enormes cestos de flores, que reparten las doncellas á manos llenas por

todo el tránsito de la población. Toda la vegetación primaveril ha contribuido con su contingente para formar tan hermosa alfombra: los prados suministraron sus florecillas, como las inhiestas, aliagas, digitales y jacintos; los parterres sus guirnaldas, y los invernáculos todas sus maravillas exóticas. — Los adornos de estas capillas efímeras preocuparon con mucha anticipación á todas las cofradías de devotos, que animados de un santo celo, cada cual por el honor de su barrios tratan de superar en elegancia á todas las capillas de las demás.

Llegada la hora de la procesion, las colgaduras blancas adornadas con guirnaldas y ramilletes cubren la



Procesion del Corpus en la Bretaña.

fachada de todas las casas; el suelo de las calles desaparece bajo una alfombra de rosas y otras flores traídas del campo que se deshojan con afán, trazando con sus diversos matices una línea esmaltada. Los alegres repiques de campanas dominan la ciudad; los himnos sagrados se elevan confusamente en la atmósfera, mezclados con los acordes de una música melodiosa, y con los redobles del tambor que marcha á la cabeza del piquete de la procesion. Bien luego las cruces de plata y doradas, y los estandartes sobrecargados de oropeles, y con franjas de oro, se adelantan dominando la multitud en tropel; luego vienen los sochantres y el clero ostentando sus blancas y elegantes casullas y dalmáticas; luego, en fin, vienen los que llevan los incensarios arrojando con ellos nubes de humo perfumado que van á disolverse en los pliegues del palio con penachos blancos.

Pero lo que mas llama la atencion, á mi ver, en las procesiones de la Bretaña, es esaradiante y turbulenta falange de querubines, compuesta de mas de cincuenta muchachos de tres á cinco años profusamente engalanados por el solícito amor de sus madres. Llevan todos una peluca azul con rizos y coronada de rosas; van vestidos de blanco, con cinturones de raso acibillados de lentejuelas y bordados de oro y plata; en el pecho llevan una cruz encarnada, y detrás sus correspondientes alas; sus graciosos toneletes de gaza están salpicados de rosas, y andan con zapatitos de raso bordados de filigrana. En una mano llevan todos una cestita de flores deshojadas, y con la otra las van repartiendo como otras tantas mariposas multicolores. Detrás de la comitiva sobresale el arcángel S. Miguel con la espada levantada y amenazadora; lleva un casco de oro con la cimera ondulante; algunas veces va con coraza. Al lado de este marcha el Precursor, S. Juan, vestido con una piel de carnero, guiando con la diestra una oveja sin mancha, y levantando con la izquierda una cruz latina encarnada y adornada de cintas. Luego viene la tierna pecadora, Maria Magdalena, envuelta en un sayal, con la cabeza coronada de ojiacanto é inclinada bajo el peso de los remordimientos, y la cabellera suelta, pero muy espléndida, como el dia que sus ondas sedosas enjugaron el nardo vertido sobre los piés del Salvador: lleva un crucifijo y una calavera, sobre la cual tiene clavada la vista, afectando despreciar las cosas de este mundo.

El cortejo desfila solemnemente bajo una rica lluvia de rosas que cae de las ventanas; la muchedumbre piadosa sigue detrás cantando las letanias, y otra curiosa y devota se halla parada en las aceras formando dos hileras en toda la carrera de la procesion. La alegría mas completa se ve pintada en el semblante de los buenos aldeanos; parece que con el vestido de los dias de trabajo han dejado todos en casa sus tareas cotidianas... El aire perfumado con el incienso y el aroma de las flores que allí se respira embarga los sentidos, y se experimenta ese bienestar interior que infunden en nosotros las ceremonias de la sacrosanta religion que profesamos.

Historia abreviada

DE LAS

ÓRDENES MILITARES Y CIVILES DE ESPAÑA.

Las diversas condecoraciones que los monarcas han creado ó admitido en sus reinos y estados para premiar el valor, la virtud, el mérito, los altos hechos y las elevadas prendas de los naturales de los mismos reinos, han sido tenidas siempre en grande estima, y han sido codiciadas con afán por los hombres que sienten arder en su pecho el noble fuego del entusiasmo y de la emulacion.

Mucho se ha declamado en los últimos tiempos contra las distinciones sociales y contra las condecoraciones militares y civiles; pero los mismos declamadores han desacreditado sus ridículas teorías, aceptando ó pretendiendo la concesion de esos *oropeles*, á los cuales mostraban aversion y desprecio cuando no veian posibilidad de obtenerlos.

Sin embargo, á pesar de tanto clamoreo insensato, las Ordenes militares y civiles subsisten y son deseadas en España; y para dar á conocer su origen y sus principales cualidades nos hemos propuesto escribir esta brevisima historia de todas y de cada una de las principales que hoy se conocen, dando principio por la mas antigua, y siguiendo por el orden de fechas de su creacion ó confirmacion.

ÓRDEN DE SAN JUAN BAUTISTA DE JERUSALEN.

Esta Orden militar y hospitalaria no fué creada en España; pero á los pocos años de su fundacion fué admitida por los reyes de Castilla y de Aragon, y por lo mismo ocupa el primer lugar entre las condecoraciones españolas.

En el año de 1048 unos comerciantes napolitanos, naturales de Amalfi, fundaron en Jerusalem un hospital de peregrinos bajo la advocacion de *Santa Maria de la Latina*, en el cual establecieron varios religiosos de la orden de San Benito, que se denominaron *hermanos hospitalarios de San Juan de Jerusalem*.

Cincuenta y un años despues de haberse verificado esta fundacion ocupó la Tierra Santa Godofredo de Bullon al frente de los cruzados de Occidente, y se sentó en el trono de Jerusalem, por él conquistado, en 1099.

En esta época habia menguado el crédito del hospital creado por los napolitanos, y los jefes de los conquistadores creyeron conveniente establecer á su semejanza un instituto mucho mas firme y duradero.

Gerardo Tom ó Tunc, caballero francés, concibió el pensamiento, y le realizó, de fundar una institucion religiosa destinada á ejercer en Jerusalem la hospitalidad con los peregrinos; y protegido por el rey Balduino I, estableció el hospital bajo la advocacion y patronato de *San Juan Bautista*. Esta fundacion fué confirmada por bula del papa Pascual II de 15 de febrero de 1113.

A Gerardo Tunc, muerto en 1118, sucedió Raimundo del Puy, de Podio, ó Despuig, quien dió á la institucion de su antecesor la *Regla general de San Agustin* y otra particular comprensiva de varios artículos dirigidos á establecer la pobreza, castidad y obediencia en que debían vivir los *hospitalarios*; así como dividió á estos en dos clases, destinando á unos al alivio de los enfermos y al culto de la religion y á otros á pelear contra los infieles. Desde esta época la *Orden hospitalaria* se hizo además *Orden militar*: creacion que fué aprobada en 1119 por el rey Balduino II, y que se confirmó por los papas Honorio II en 1125 é Inocencio II en 1130. Los religiosos tuvieron desde estos dias un hábito talar negro con una cruz de trazo blanco sobre el hombro izquierdo, cruz de ocho puntas en representacion de las ocho bienaventuranzas. Este traje fué aprobado por el pontífice Eugenio III en 1143, y á él añadió el papa Alejandro IV una sobvesta roja con cruz blanca para cuando los caballeros iban á la guerra.

En 1124 se introdujo esta milicia religiosa en los reinos de Castilla, de Leon y de Navarra, prestando inmediatamente inmensos servicios á los monarcas en la guerra contra los moros y adquiriendo tal autoridad y prestigio que al morir D. Alonso I de Aragon y de Navarra, llamado *el Batallador*, ordenó que se les entregara á los caballeros de San Juan una gran parte de sus reinos y señorías. Raimundo del Puy vino á España, y por concordias con el conde de Barcelona y con el rey de Castilla adquirió inmensos territorios en Catalunya, Zaragoza, Huesca, Barbastro, Daroca y otros puntos.

La Orden de San Juan desde esta época continuó prestando relevantes auxilios á los monarcas cristianos contra los esfuerzos de los infieles; y en Oriente sostuvo luchas desesperadas para defender el reino y la ciudad de Jerusalem hasta que se apoderó de ella con un inmenso ejército el califa Saladino, soldan de Egipto, en octubre de 1187.

Los caballeros hospitalarios se retiraron á la fortaleza de Margat en Fenicia, conducidos por el maestre Enmengardo D'Als; y desde este punto se trasladaron á Acre (la antigua Tholemaida), distante sesenta millas de Jerusalem. La Orden tomó luego el nombre de *San Juan de Acre*. En esta poblacion subsistió hasta mayo de 1291, en que fué tomada la plaza por Melec-Seraph; viéndose los caballeros obligados á refugiarse en la isla de Chipre.

Poco satisfechos los *hospitalarios* del hospedaje que les daba Enrique II de Lusignan determinaron emprender la conquista de la isla de Rodas; y despues de muchos combates se apoderaron de ella en agosto de 1319, estando comandados por Falques de Villaret.

Ya para este tiempo la Orden se habia dividido en ocho *lenguas* ó naciones; á saber: la de Francia, que se componia de la de Provenza, Auvernia, y de Francia; la de Italia: la de Aragon: la de Alemania; la de Castilla y la de Inglaterra. La Orden se dividió además en cinco clases, que fueron 1ª la de los *caballeros de justicia*; 2ª la de los *Capellanes conventuales*; 3ª la de los *servientes de armas*; 4ª la de los *sacerdotes*, *hermanos de obediencia*; y 5ª la de los *donados*.

En Rodas se defendieron los caballeros hospitalarios de las agresiones de los turcos, conservando la isla por espacio de 213 años hasta que la tomó á viva fuerza, y despues de seis meses de sitio, en diciembre de 1522 Soiman II.

El gran maestre Felipe de Villiers se dirigió á Roma con sus subordinados; y allí permaneció la Orden hasta que en 1530 se posesionó de la isla de Malta, que la fué cedida por el emperador Carlos V de Alemania, primer rey de su nombre en España. La cesion es de fecha en Toledo en 1525, confirmada en Castel-Franco en 24 de marzo de 1530.

La Orden recibió en Malta nueva organizacion, conservando sin embargo la mayor parte de la antigua; y se crearon los cargos de obispo de Malta, de gran comendador, de mariscal, de gran hospitalario, de almirante, de gran conservador, de tercopolis, de gran bailio, y de gran canceller. El convento de Malta se llamó *Abadia general*, y el capítulo de caballeros adquirió grandes consideraciones. La Orden tuvo desde estos años las siguientes categorías: caballeros grandes cruces, de justicia, de gracia, freiles capellanes de justicia, simples capellanes, y hermanos sirvientes. Los grandes cruces traian la cruz colgada del cuello; los de justicia y de gracia, los freiles y los capellanes sobre el pecho al lado del corazon, y los hermanos en el mismo sitio, pero solo cruz de tres brazos y seis puntas.

Para ser admitido en la Milicia habian de hacer los candidatos pruebas de nobleza en cuatro costados ó diez y seis cuarteles, desde los abuelos; ser mayores de diez y seis años, y sujetarse al cumplimiento de las Reglas y de los Estatutos.

Además de los prelados, de los pilares de las ocho *lenguas*, y de los bailios capitulares, habia comanda-

dores, grandes priores, y generales de mar y tierra. El gran maestre era el jefe soberano de la Orden. En España residian tres grandes priores, el de Castilla, el de Aragon llamado *el Castellán de Amposta*, y el de Navarra.

Cada una de las ocho naciones ó *lenguas* ocupaba un departamento especial en el convento general de Malta. Las encomiendas se daban á los caballeros por antigüedad, y podian tambien conferirse á los capellanes conventuales. El capítulo general era el Tribunal Supremo de la Orden.

Organizada de este modo la Milicia de San Juan, que se denominó al momento *de Malta*, continuó dando hospitalidad á los peregrinos, socorriendo á los enfermos y peleando contra los enemigos del nombre cristiano. En 1565 el gran maestre Juan de la Valette defendió á Malta de los vigorosos ataques de Soliman II, y le obligó á reembarcarse con grande pérdida de gente. Aquel jefe hizo en seguida construir la fuerte ciudad que hoy lleva su nombre.

En 7 de octubre de 1571 tomó la Orden notable parte en la tremenda batalla de Lepanto ganada por D. Juan de Austria; siendo sus galeras las que mas se distinguieron por su bravura y valor.

En los años siguientes y en los siglos XVII y XVIII armó naves que corriendo sin cesar por el Mediterraneo perseguian á los piratas berberiscos, siendo la Orden el protector del comercio y de la navegacion de aquellos mares.

En España tambien se habia distinguido visiblemente la Caballería de San Juan, contribuyendo á las conquistas de los reinos de Sevilla, Jaen, Valencia Mallorca y Granada; sosteniendo a causa de los reyes católicos contra las pretensiones de los príncipes protestantes, y defendiendo la independencia del país.

A fines del siglo precedente comenzó á decaer la Orden; desmembrándose los prioratos de Hungría, de Suecia y de Dinamarca, y los bailiajes de Brandeburgo y San José, de que la privó la paz de Westfalia. Sin embargo, aun en esta época y en 1782 se creó la *lengua anglo-bávara* para reemplazar á la *inglesa*, separada de la Milicia por el protestantismo.

Empero llegó el dia en que la revolucion francesa dominó en Europa, y la convencion nacional expidió dos decretos en 30 de julio de 1791 y en 19 de setiembre de 1792 « confiscando los bienes que en Francia poseian los caballeros de San Juan y mandando venderlos. » Estas disposiciones privaron á la Milicia de muchas rentas. Por el mismo tiempo se agregaron á Rusia las encomiendas de Polonia; y aun cuando en enero de 1793 acordó el emperador Pablo I la indemnizacion, no obstante la Orden padeció notables quebrantos.

A mediados de 1798 se emprendió la expedicion del general Bonaparte á Egipto, y este guerrero juzgó conveniente para protegerla apoderarse de Malta, como lo ejecutó sin tener resistencia alguna el 11 de junio. Los caballeros abandonaron cobardemente la defensa de la plaza, y se retiraron á Trieste. En este punto el gran maestre, indigno sucesor de tantos hombres ilustres, Fernando de Hompesch, abdicó su dignidad en favor del emperador de Rusia Pablo I.

Este monarca en 26 de agosto protestó contra el apoderamiento de Malta, y tomó á la Orden bajo su proteccion y amparo proclamándose gran maestre. Esta proclamacion no fué reconocida por las naciones católicas.

La isla de Malta, sitiada hacia ya tiempo por las fuerzas de Inglaterra, se rindió por capitulacion en 5 de setiembre de 1800; y en los preliminares de la paz firmados en Lóndres el 1º de octubre de 1801 se estipuló la devolucion á la Orden de San Juan, devolucion que tambien se acordó en el artículo X del tratado firmado en Amiens en marzo de 1802. A pesar de estos convenios, los ingleses continuaron posesionados de Malta durante todo el tiempo de la guerra con Napoleon, y continúan hoy dueños de la isla.

El rey de España suprimió virtualmente la Orden, agregando sus bienes á la corona, y declarándose gran maestre; y creó en 1784 un gran priorato en Castilla y Leon, que confirmó al infante D. Gabriel. En 1802 incorporó á la corona todas las *lenguas* de Castilla, Aragon y Navarra, abrogándose el maestrazgo en todo lo relativo al gobierno exterior, y dejando lo concerniente al régimen espiritual y religioso á la autoridad de la Iglesia.

Desde 1801 á 1814 fueron nombrados distintos maestros, que residieron en Roma, en Sicilia y en Nápoles. En el congreso de Viena reclamaron los caballeros de San Juan la devolucion del territorio de la Orden; pero su peticion fué desoída. Continuó residiendo el Sacro Colegio en Catania hasta 1827, en que se trasladó á Ferrara, desde cuyo punto se mudó á Roma por disposicion del papa Gregorio XVI.

En 1839 el emperador de Austria, que conservaba el priorato de Bohemia, autorizó la creacion de otro priorato en la Lombardia.

El rey de las Dos Sicilias ha establecido asimismo la Orden en sus Estados; y lo mismo han hecho la archiduquesa de Parma y los duques de Luca y de Módena.

D. Fernando VII de España arregló la Milicia, respetando las clases de freiles y de hermanos, y dividiendo las clases de legos en caballeros profesos y caballeros devotos. El gobierno de la Orden fué encargado á dos asambleas denominadas de Castilla y Leon, y de Aragon y Cataluña, las cuales eran tribunales civiles y criminales en todos los asuntos relativos á la Orden y á los religiosos. Los caballeros debian hacer pruebas de nobleza

en cuatro costados, y eran nombrados por S. M. como gran maestre.

En 1836 cesó la jurisdicción civil y criminal de las asambleas, quedando limitado su conocimiento á los negocios puramente eclesiásticos. En el mismo año se decretó la enagenación de los bienes de la Orden.

En 1847 se suprimieron las pruebas de nobleza y se redujeron á una sola clase las diversas de que contaba la Orden. En 1851 se señaló la cantidad de 1500 rs. por derechos de expedición de título, y se dió á la insignia la misma categoría que tienen las encomiendas de las Ordenes de Carlos III y de Isabel la Católica.

En el concordato celebrado en 1851 se suprime la jurisdicción privilegiada y exenta de la Orden, que se devuelve á los ordinarios.

En España la Milicia de San Juan tuvo grandes consideraciones, notables privilegios y un patrimonio cuantioso. Los religiosos gozaron fuero particular en todos los negocios civiles, criminales y eclesiásticos; las encomiendas y prioratos tenían facultades jurisdiccionales; los bienes producían centenares de millones de reales. La Orden tenía además una colegiata, muchos conventos de religiosos y de religiosas, un colegio en Salamanca, diversas vicarías y multitud de curatos.

El traje de los caballeros es hoy el siguiente: casaca encarnada con vueltas, cuello, solapas y bandas de los faldones blancas guarnecidas de galon de oro; dos filas de botones dorados con la cruz de la Orden en el centro; carteras con galon de oro, caponas doradas, sombrero apuntado guarnecido de galon de oro; pantalon de casimir blanco, con franja de oro; espada de cruz con puño dorado, corbatin blanco. Los grandes cruces llevan una banda ancha, de moiré negro, colocada desde el hombro derecho al costado izquierdo, y pendiente de ella la cruz octógona blanca. Los comendadores llevan la cruz de menor tamaño colgada al cuello de una cinta ménos ancha. Los caballeros la llevan sobre el pecho pendiente de una cinta estrecha. Sobre este traje puede ponerse en las grandes solemnidades el gran manto negro.

En España es muy estimada esta milicia religiosa.

ORDEN DE CALATRAVA.

La guerra que se suscitó á principios del siglo XII entre los moros Almorávides y Almorávidas ofreció á los príncipes cristianos de la península la ocasión de engrandecerse. Alfonso, rey de Castilla, arrojó á los musulmanes de su territorio, y se entró por sus tierras tomándoles plazas de bastante importancia. Las más notables que conquistó el castellano fueron las de Calatrava y Almería, confiándose en 1147 la custodia de la primera á los caballeros del Temple, que se mantuvieron en ella ocho años.

Apoderados los Almorávidas del territorio árabe-español y desbaratados sus contrarios, emprendieron en 1157 una guerra dura contra los cristianos, recuperando las ciudades de Almería y Granada, en donde hicieron una carnicería espantosa; y como los Templarios se intimidaran con estos hechos entregaron la plaza de Calatrava al rey D. Sancho III de Castilla.

El monarca ofreció la villa por juro de heredad al caballero que quisiera defenderla contra los infieles, y no habiéndose presentado á solicitarla otras personas que el abad de Fitero Fray Raimundo, y el monje del mismo monasterio Don Fray Diego Velázquez, se la entregó en propiedad.

En 1158 tomaron los monjes posesión de la villa y de su castillo, é inmediatamente reunieron 20,000 hombres y muchos caudillos, proponiendo al rey la fundación de una Orden militar que tomase el nombre del pueblo que se les había cedido, y que tuviera por instituto defenderle y pelear contra los enemigos de Jesucristo. El rey accedió á la propuesta de los monjes, y sin demora se reunieron varios asociados que en capítulo general acordaron tomar por regla la del Cister de San Benito, acomodándola á las necesidades de la nueva institución. El papa Alejandro III por bula expedida en Senon en 1164 aprobó y confirmó la Orden, su regla y sus constituciones. Desde esta época estuvo ya organizada la Orden militar y religiosa de Calatrava.

Reunidos los asociados hicieron sus votos públicamente, y habiendo sido atacada la villa por los musulmanes se resistieron con valor, desbaratándolos en varios encuentros y haciéndoles levantar el campo, imprimiendo de este modo un carácter augusto y respetable á la nueva Milicia.

El ejemplo dado por los bravos caballeros fué fecundo en resultados hasta el punto de que no siendo suficientes los muros de Calatrava para contener á los guerreros que acudían á alistarse en el nuevo instituto, se fué poblando con ellos un inmenso territorio, que se denominó Campo de Calatrava.

Hallóse en la villa el rey D. Sancho en un día en que se aproximaron las huestes moriscas, y al ver la tranquilidad y el valor de los caballeros se regocijó de tener en sus dominios varones tan santos y esforzados, no dudando que siempre saldrían triunfantes en los combates.

A pesar de su bravura la Orden se vió precisada por dos veces á salir de Calatrava, estableciéndose la primera en Salvatierra y la segunda en Ciruelos y en Ronda; pero recobrada la villa en una y en otra ocasión tornaron á ella los caballeros.

D. Alonso II de Aragon les concedió en 1179 la villa de Alcañiz, en donde se estableció casa durante algun tiempo. En 1193 quedó la Orden casi extinguida por la

gran mortandad de asociados que tuvo en la batalla de Alarcos.

Recobrada por última vez la plaza de Calatrava allí fijó la Orden su asiento, y desde este punto contribuyó poderosamente á las conquistas de los reinos de Sevilla y Granada.

El instituto de esta Milicia era pelear contra los infieles y servir á Dios. Su comida era ligera y frugal; su vestido limpio y áspero; la más severa disciplina era su consigna; el silencio era su compañero; la penitencia era su divisa; el trabajo, la oración y el socorro de los infelices eran su profesión.

Los caballeros de esta Orden hacían votos de perpetua y absoluta castidad y de pobreza, y por consiguiente no podían casarse ni testar. El pontífice Paulo III por bula de 4 de agosto de 1540 permitió á los caballeros casarse una soia vez y disponer de sus bienes por testamento.

Antiguamente el jefe de la Orden fué el gran maestre elegido por las dignidades de ella en capítulo general; mas el inmenso poder de esta Caballería infundió recelos á los reyes Católicos; y al proceder á la elección del sucesor de Lopez de Padilla, muerto en 1487, los monarcas hicieron notificar á la Asamblea una bula de Bonifacio VIII, por la que el pontífice reservaba el nombramiento á la Santa Sede. El rey D. Fernando administró la Orden durante su vida; y despues de su muerte el papa Adriano agregó la dignidad de gran maestre á la corona de España.

Desde entonces acabó el poder verdadero de la Milicia, que quedó reducida á una Caballería de honor y de distinción.

Para ser caballero de la Orden de Calatrava es preciso probar nobleza en cuatro costados, desde los abuelos no ejercer ni haber ejercido oficio humilde, ser católico, y sujetarse á observar la regla y constituciones.

Los superiores de la Orden son: el gran maestre, el comendador mayor y los comendadores territoriales. Tenía la Orden hasta 1836 cinco dignidades, cincuenta y cinco encomiendas, trece prioratos, cinco conventos y muchos curatos.

Los caballeros usan una cruz encarnada floreteada y cantonada de ocho círculos acostados y unidos al centro, formados de un cordon que sale de las hojas de la flor. En las grandes solemnidades usan manto blanco de cola y una gorra de terciopelo negro con blanca.

La Orden de Calatrava es el recuerdo de uno de tantos hechos gloriosos como cuenta la historia de la monarquía española.

ORDEN DE SANTIAGO.

Algunos autores suponen que esta Milicia comenzó en el reinado de D. Ramiro, y al librar este monarca á Castilla del tributo de las cien doncellas; pero esta fundación no se halla justificada, siendo lo más cierto que la Caballería de Santiago tuvo principio en el año de 1170 en el reinado de D. Fernando II.

Sucedíanse en este tiempo las discordias entre los príncipes cristianos, que descuidaban la guerra contra los moros, y algunos varones esclarecidos y poderosos concertaron congregarse y fundar una Orden dedicada á pelear contra los moros. Deseando organizar el instituto juzgaron necesario unirse á religiosos, que formando todos entre sí una sola familia, cuidasen de la dirección de las almas y de guerrear contra los infieles. Con este objeto los caballeros se convinieron con los canónigos regulares del monasterio de San Loyo ó Eloy en Galicia, y crearon la religiosa Milicia de Santiago. El caballero que ideó la creación fué D. Pedro Fernandez de Fuente Encalada, y él unido al canónigo D. Fernando Fernandez formó las constituciones bajo la Regla de San Agustín. El papa Alejandro III por bula de 5 de junio de 1173 aprobó la institución y confirmó las constituciones.

Recabada la aprobación y la confirmación de la Orden hubo dificultades para fijar su residencia, porque los caballeros querían residir en un hospital cercano á Leon y llamado de San Marcos, que pertenecía á los canónigos de San Loyo; pero el rey D. Fernando le tomó para sí y los despidió de sus Estados. El rey Don Alonso IX de Castilla los recibió con agasajo y les dió en heredad la villa de Uclés, en donde se estableció la capital y la casa matriz de la Milicia, siéndoles devuelto más tarde el edificio de San Marcos de Leon, en donde levantaron otro convento.

Con posterioridad establecieron otro edificio y hospital en Mérida, y más tarde crearon un vicario general en Llerena.

La Orden sufrió varias alteraciones en su regla y en sus constituciones, y en ella hubo varios cismas y notables inquietudes. Esto movió á los reyes católicos á pedir para sí y sus sucesores la administración, la cual obtuvieron en 1493 por bula del papa Alejandro VI, despues de la muerte del maestre D. Alonso de Cadenas.

La dignidad de gran maestre era la más honorífica; le elegían los *Truces*, autoridades que se nombraban en capítulo general, y le deponían cuando les parecía. La segunda dignidad era la de prior; la tercera era la de comendador mayor. Tenía la Orden en España las tres dignidades referidas, ochenta y siete encomiendas, once conventos, dos prioratos, cuatro ermitas, cinco hospitales, un colegio en Salamanca, y un número considerable de curatos.

El maestre tenía á su cargo el gobierno espiritual y temporal de toda la Orden; proveía las encomiendas

y beneficios, presidía el capítulo y elevaba á las dignidades.

La Orden peleó valerosamente contra los moros, contribuyendo á la conquista del territorio español.

Los caballeros hicieron voto de castidad en los primeros siglos; pero el papa Inocencio IV les habilitó para poder contraer matrimonio. Además de la clase de caballeros existe la de freyles.

Los caballeros de Santiago usan en el pecho una cruz en forma de espada de Gales de color encarnado. En las funciones solemnes llevan manto blanco y bonete del mismo color.

ORDEN DE ALCÁNTARA.

Reinando en Castilla y en Toledo D. Sancho el Desoado, y en Leon y Galicia su hermano D. Fernando, buscaban algunos guerrilleros acudidos por D. Suero Fernandez un punto á propósito para hacer la guerra á los musulmanes; y aconsejados por un ermitaño llamado Armando eligieron la orilla del rio Coca, en donde construyeron un fuerte denominado de San Julian del Pereiro, y que se hallaba situado en Portugal á distancia de 10 leguas de Ciudad-Rodrigo, entre Raigadas y Cinco-Villas.

Para dar á esta casa y á los caballeros un exterior religioso adoptó D. Suero por consejo del obispo de Salamanca la Regla de San Benito del modo que la entienden los monjes del Cister, aprobando la institución el mismo obispo.

Muerto D. Suero le sucedió en el mando su hermano D. Gomez, que se tituló prior, aprobándose la Orden en 1176 por el rey D. Alonso y confirmándose por bula del papa Alejandro III de 29 de diciembre de 1177. El hábito que usaron al principio los caballeros fué el de los monjes del Cister; mas conociendo su incomodidad para la guerra le cambiaron en el escapulario con la cruz verde que llevaron despues constantemente.

En San Julian del Pereiro residió la Orden de su nombre hasta que D. Alonso IX de Leon donó el castillo y la villa de Alcántara á la Orden de Calatrava durante el maestrazgo de D. Garcí Fernandez de Quintana. Este caballero se persuadió de que su Milicia no podía defender el pueblo y la fortaleza de la nueva donación, y se concertó con la Orden del Pereiro, la cual aceptó la obligación de sostenerse en Alcántara, sujetándose además á ser visitada por el maestre de Calatrava. Desde entonces la Orden del Pereiro, que solo tenía por armas un peral, añadió las dos travas negras de la de Calatrava. La concordia fué aprobada en 1218 por el monarca.

En 1222 la Orden se trasladó á la nueva población, siendo maestre D. Garcí Sanchez, y desde entonces se denominó de Alcántara. Por espacio de muchos años los religiosos vivieron en clausura; mas en 1346 abandonaron el claustro, y se alojaron en casas particulares, reuniéndose para celebrar los oficios divinos en la iglesia de Almoçabar. De este modo vivieron hasta que en 1499 se acabó su convento á distancia de un cuarto de hora de Alcántara, del cual hoy solo quedan las ruinas. En 1534 se trasladaron los caballeros al interior de la población al convento de San Benito.

Esta Orden estuvo unida á la de Calatrava hasta que por bula del pontífice Julio II se le concedió libertad, haciéndola exenta.

Los caballeros hacían voto de perpetua castidad, que les fué relevado por la Santidad de Paulo III, autorizándoles para casarse y para testar. Para ser admitido en la Orden era preciso hacer pruebas en diez y seis cuarteles, ser de familia distinguida, y no haber ejercido oficio bajo.

Esta Milicia trabajó notablemente en la reconquista de España, peleando valerosamente contra los moros.

Los reyes Católicos, temiendo el poderío de esta Caballería, como habían temido el de las otras, se hicieron los maestros perpetuos de ella en virtud de breves expedidos por los papas Julio II en 1509 y Adriano VI en 1523; pero ántes obligaron al maestre D. Juan de Zúñiga á renunciar en el rey su dignidad.

Los cargos principales de esta Orden eran los de maestre, prior del convento de Alcántara, comendador mayor, clavero, sacristan mayor y prior de Magacela. Este priorato tenía las mismas atribuciones que el de Alcántara.

La Orden tuvo varias encomiendas y muchos curatos. En el día los caballeros no viven en comunidad, pueden ser casados, y están solo sujetos á ciertas formalidades. Los freiles vivieron en clausura hasta 1836 ó en los curatos.

La insignia de la Orden es una cruz verde de la misma figura que la de Calatrava. En las solemnidades visten manto blanco y bonete del mismo color.

PIO DE LA SOTA.

(Se concluirá.)

Correspondencia de la Crimea.

Estractamos de varias correspondencias los siguientes pormenores relativos á los dibujos que acompañan: Voy á dejar á un lado por hoy los hechos militares para hablar un poco de Kamiesh y de los establecimientos de guerra, de marina y de comercio que allí se han establecido.

Kamiesh, población habitada hoy por comerciantes de todas clases, no es ya aquella playa desierta y tris-

te donde hemos pasado un invierno tan crudo con nuestras tiendas medio enteradas en la nieve. Hoy es una ciudad que aunque naciente aun, presentará, si esto continúa durante algunos meses, el espectáculo de un puerto y de almacenes inmensos creados como por encanto.

La parte militar se encuentra junto á la bahía, y á la izquierda está la población comercial extendiéndose sobre la vertiente Noroeste. En esta última parte se cuentan ya muchas calles como la de Lourmel, Napoleon, etc.



La calle de Lourmel, en Kamiash.

Se encuentra cuanto se necesita, pero á precios muy altos: las patatas están de 60 á 80 frs. el quintal, un panecillo de un sueldo, 2 frs. 50; un miserable pollo 4 frs.; el vino á 2 frs. el litro; la cerveza á 2 frs.; la libra de velas 3 frs.; alquiler de un caballo para ir al campamento, 50 frs. El que quiere alojarse con comodidad compra una horrible choza fabricada con cuatro tablas, por la módica suma de 5000 frs.

En todo reina aquí una regularidad perfecta, gracias á las medidas del gobierno militar y al celo de la

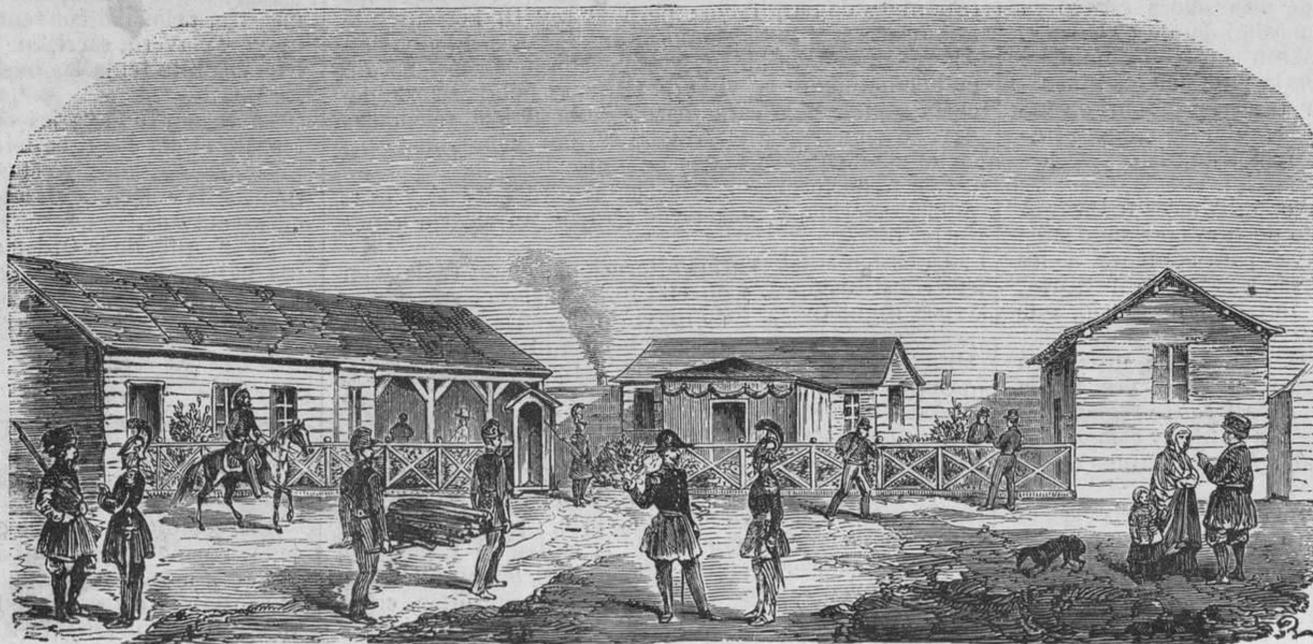


Plaza de armas del centro de la paralela avanzada del ataque del promontorio Verde.

gendarmería; la autoridad superior concede patentes que dan derecho á cierta porción de terreno.

La animación de las calles es extraordinaria, sobre todo los domingos; algunas señoras francesas é inglesas circulan por ellas con trajes más ó menos brillantes, pero que siempre tienen su encanto para ojos privados de esta distracción desde hace tanto tiempo. La ciudad militar se presenta bajo un aspecto más severo; hay centinelas en abundancia sobre todo á las puertas de los establecimientos ó de las oficinas de distintos servicios.

Encuéntanse allí



Cuartel de los zapadores-bomberos en Kamiash.

grandes depósitos de leña, de carbon de piedra, y de maderas de construcción, un cuartel de zapadores-bomberos, hermosas enfermerías y la dirección del puerto y de la artillería, de tal suerte, que ciertos días parece Kamiash un puerto militar de Francia.

Estos días el puerto está lleno de buques de todas clases de vapor ó de vela; habrá más de 300 anclados uno junto á otro en el órden más perfecto gracias á los cuidados del teniente de marina encargado de esta importante función, que por cierto no tiene nada de fácil ni agradable.

La direccion del puerto que se halla bajo las órdenes de un capitan de marina encargado de todos los movimientos militares y civiles, embarco y desembarco de tropas, caballos, artilleria, viveres y municiones, está desplegando tambien una actividad extraordinaria.

Entre los dibujos adjuntos, va una vista de la pequeña plaza de armas en el centro de la paralela avanzada del ataque del promontorio Verde. Esta plaza de armas tiene tres órdenes de fortificacion; arriba están los tiradores apuntando á los rusos de las emboscadas por unas aspilleras abiertas en la muralla. Debajo se ven soldados durmiendo, fumando y jugando á las cartas. Arriba he puesto á los tiradores, uno tirando, otro cargando su carabina, otro encendiendo su pipa, otro mirando por la aspillera el efecto que ha producido su bala, otro bebiendo, etc., etc. En medio hay dos oficiales con su uniforme de trinchera. A la derecha se ve un herido que transportan en unas angarillas y que llega á la plaza de armas. Son cazadores de infanteria con capote de cuello y capuchon, y el pantalon en las polainas de cuero negro. El dibujo es muy exacto; le he hecho en la misma paralela.

V. P.

Derrota y prision del khan de Khiva por los persas.

Noticias recientes llegadas de la Persia anuncian la decapitacion del khan de Khiva, juntamente con su hijo y treinta de sus oficiales, habiéndose enviado sus cabezas á Teheran. Cuatro palabras sobre lo que ha dado lugar á esta medida rigurosa no carecerán de interés para el lector.

Viajando por la Persia se encuentran con bastante frecuencia unos hombres

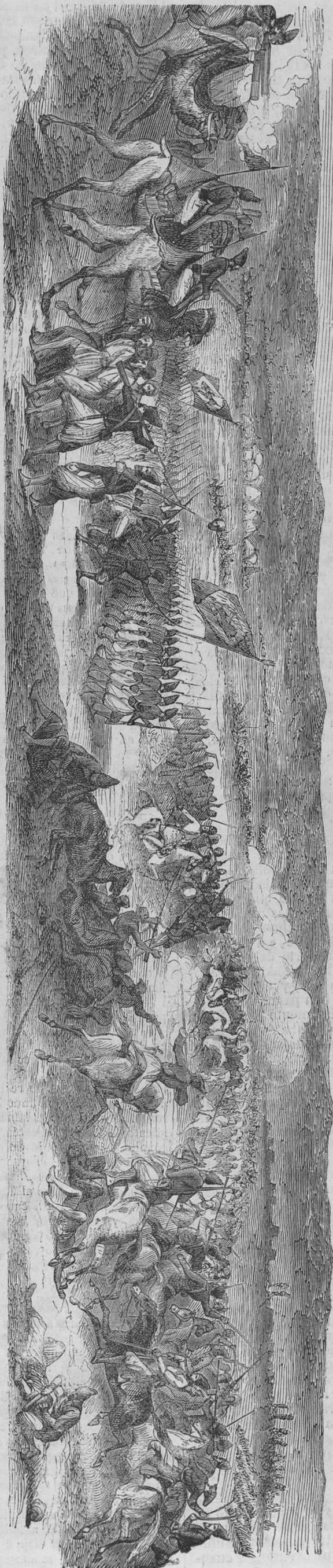


Khorasianos perseguidos por los Turcomanos.

que, con una soga al rededor del cuello, y un tono muy suplicante, piden limosna á todo el que pasa. Estos hombres ni son mendigos de profesion, ni inválidos, ni cosa que se le parezca; por el contrario, son generalmente altos y robustos, y su única desgracia consiste en haber caido en poder de los khivanos, que despues de haberles hecho esclavos, les obligan á implorar la caridad pública para obtener su rescate y el de sus familias. Los khivanos al abrigo de todo ataque por las ochocientas leguas de desierto que les rodean por todas partes, se encuentran reunidos en un oasis bañado por el Oxo, el cual parece una isla inmensa en un mar de arena. Su territorio habitable no presenta mas que una superficie de cinco mil leguas cuadradas, y la riqueza principal del país consiste en hermosos caballos de raza turcomana. La altura de estos animales y su ardor infatigable, son cualidades inapreciables para sus poseedores, cuyo solo comercio consiste en vender los esclavos que hacen apoderándose de los habitantes de las llanuras de Khorassan. Para ejercer este pillaje se asocian con los turcomanos, los cuales se acampan en la última frontera Norte del Khorassan, á lo largo de los rios Astrak y Mourgab, y tienen la singular pretension de no descansar jamás á la sombra de un árbol, ni de doblar la frente ante la autoridad de ningun rey.

Los salteadores, despues de haber atravesado de un tiron la gran distancia que los separa de la Persia, caen de improviso sobre los infelices cultivadores, les echan el lazo, y los arrastran en su precipitada fuga, ántes que los que quedan tengan tiempo de acudir en su socorro. Por eso se ven en todos los valles que forma la larga cordillera del Elburgo, al Norte del Khorassan, unas grandes torres que se elevan en medio de los campos, en las cuales se refugian los pobres aldeanos, cuando en el momento en que están entregados á los pacíficos trabajos

Derrota del khan de Khiva por el ejército persa.



de la agricultura, cae de pronto sobre ellos un grupo de tártaros, que viene á la caza de hombres, despues de haber salvado las estrechas gargantas de los montes. Esta mercancía humana es la única que explotan, no pudiendo suplir, á su modo de ver, ninguna otra el producto que esta les reditúa. En manos de un salteador khivano ó turcomano un persa es un verdadero tesoro: fijan su precio segun su edad y fuerza, y sobre todo segun la posición social que ocupa su familia, la cual puede rescatarlo á buen precio si sus recursos se lo permiten. Cuando no media esta circunstancia el infeliz esclavo es vendido en el interior de la Tartaria. Sucede muy á menudo que, cuando los prisioneros de un cautivo no pueden satisfacer el importe de su rescate, se permite á este, despues de haber dejado buenos rehenes, volver á entrar en la Persia para que pueda recoger allí, implorando la caridad pública, el precio de su libertad. En la frontera se provee de unos papeles firmados por el cura que atestiguan el hecho, en seguida se cuelga una sogá al cuello en señal de esclavitud, y de esta manera va mendigando por todo el reino, hasta que reúne la suma exigida por su rescate. Este abominable comercio habia disminuido mucho despues de la campaña de Ferouz Kouk, en 1837, á consecuencia de la cual muchos centenares de familias turcomanas fueron llevadas á Teherán, en donde siguen aun detenidas, gracias á los esfuerzos del Salar, gobernador de Khorassan, el cual habia rechazado varias veces las incursiones de los turcomanos. Pero desgraciadamente el Salar, secundado por Djafer, khan de Sebzevar y pariente suyo, se sublevó en 1846 contra la autoridad del schah, y los turcomanos, aprovechándose de la ocasion, é instigados por el khan de Khiva, volvieron á tomar el curso de sus antiguas fechorías. Esta bárbara asociación es tan necesaria á los khivanos como á los turcomanos; pues como los últimos, ocupan la frontera persa, no podrían vender los esclavos que hacen mas que á los khivanos. Estos creyéndose asegurados de la impunidad por lo difícil que es atacarlos por entre aquel desierto, arrostran todas las amenazas que les dirigen la Persia y la Rusia, á la cual cada año le arrebatan un buen número de vasallos sobre el litoral del mar Caspio. Desde luego la expedición dirigida en 1842 por el general Perowsky, á pesar de haber fracasado por el rigor de la estación, probó cuando menos al khan que los rusos podían llegar hasta él. Además, las barcas de piratas que iban á robar persas en la costa del Mazanderan y en el golfo de Asterabad, fueron abrasadas por los fuegos de una estación marítima rusa que se habia establecido allí desde algunos años á esta parte. Seguro el khan de que en el caso de sufrir una derrota seria abandonado de los suyos, los cuales abrazarian, como siempre, el partido del mas fuerte, juzgó prudente poner término al comercio de esclavos sobre la frontera rusa. Sin embargo, no dejó de continuar este infame tráfico por el lado de la Persia, no obstante la activa vigilancia de que eran objeto los turcomanos por parte de los gobernadores.

Es de notar que en cada nuevo reinado, estas hordas belicosas emprenden una incursión á fin de probar la resistencia que se les opondrá. Si son derrotados, no se menea mas en tanto que la misma autoridad subsiste; pero, si por el contrario llevan la ventaja en la refriega; ay del país! Poblaciones enteras arrastran á la esclavitud; venden las mujeres y los hombres vigorosos, é inmolan los viejos á su dios Sunnita, « á fin, dicen ellos, de satisfacerle ofreciéndole parte del botín, y además con el objeto de aprovecharlo todo! » Se apoderan de los ganados, talan las mieses, y dejan un desierto por todas partes por donde han pasado.

Esto es lo que intentó hacer últimamente el khan de Khiva, cuyos recursos financieros estaban muy menguados á consecuencia de las trabas que la Rusia habia puesto á su comercio de esclavos. Volviendo todas sus fuerzas contra la Persia, y secundado por los turcomanos, osó atacar el Khorassan, á la cabeza de 30,000 ginetes voluntarios. De estos la mayor parte, así que hubieron verificado algunas rapiñas, le abandonaron, quedando solo unos 8,000 hombres. Sin embargo él, confiado en la inacción aparente del ejército persa, descansaba muy tranquilamente debajo de su tienda de fieltro, á orillas del Mourgab, cuando de improviso cayó sobre él el gobernador de Meched, el cual, habiendo reunido todas sus fuerzas, le atacó vigorosamente, y despues de una atrevida carga le hizo prisionero con todo su séquito. El campo khivano se puso en completa derrota; se hizo un gran botín consistente sobre todo en caballos de mucho valor, y en arneses magníficamente adornados, cuyo lujo es el único que se permiten gastar los usbecks.

Se apoderaron tambien de muchas mujeres, que los persas aprecian mucho, por su blancura y robustez, aunque sus facciones no tengan nada de hermosas. Y a propósito de las mujeres tártaras, el príncipe Malek-Kasem Mirza decia: « mi hermano me mostró en su tienda á una bella turcomana al resplandor de las bugias. ¡Ah! si la chiraziana tiene el fuego y el calor del sol, la turcomana tiene la blancura pálida y melancólica del astro de la noche! ¡Quisiera que la primera me llenase la copa en medio de un bosque de rosas, á la sombra de un plátano, en tanto que la segunda, con el canto del ruisenor me meciese sobre sus rodillas parecidas al plumon del cisne! »

No hay para que decir, pues tal es la costumbre en Oriente, que el triunfo de los persas fué acompañado de infinidad de horribles asesinatos. Léjos de que el triunfo suspenda, como sucede entre nosotros, la efusión de sangre, allí puede decirse que es entonces cuan-

do principia la mas horrible carnicería. Como cada cabeza le vale dos pesos al que la presenta, la mayor parte se entretienen en cortar todas cuantas pueden enristrar en su boyoneta, colgándose además dos ó tres en el cinturón; otros, para adelantar mas, y no ganar menos, se entretienen en llenarse los bolsillos de orejas que cada una les ha de valer diez reales; todo esto sin contar con el vestido y ricos adornos de los vencidos que quedan en poder del primero que les echa la mano. Cajas para la pólvora, yesca y tabaco, amuletos, el Corán, bálsamos para las llagas, reliquias, talismanes, clavos y herraduras, hilo, agujas, trapos, etc., etc., con otras mil frivolidades que todos los tártaros llevan colgadas en su cinturón, y cuyo peso y número deben entorpecer mucho sus movimientos; todo esto queda de derecho para el vencedor. Los heridos enemigos jamás son recogidos ni curados en los hospitales, ántes por el contrario, sobre ellos únicamente es donde se recogen los horribles trofeos mencionados mas arriba. Por lo demás, nada hay comparable á la fria impassibilidad y estoicismo con que estos hombres sufren las mas crueles mutilaciones y amputaciones, sin arrancarles ni siquiera un suspiro.

Un ejemplo como el que acaba de dar Nasreddin-Schah, llenando de terror á las tribus y khanato del Asia central, garantizará por mucho tiempo las fronteras de todas esas hordas ávidas. Tranquila por este lado la Persia, con el inmenso material acumulado en sus arsenales por la prevision del primer ministro de Mehemed-Schah, podría tomar parte en la lucha colosal del Occidente, siendo una aliada muy útil.

Revista de Paris.

Como segun las noticias del calendario hemos entrado ya en la estación de verano, los parisienses se apresuran á dejar sus hogares. Un verdadero elegante bajo ningún pretexto puede permanecer en Paris durante el estío, y la mayor injuria que se le puede hacer es creer que habita la capital en el mes en que entramos.

El juéves último, dos señoras pertenecientes á la alta sociedad se paseaban por el jardin de Tullerías, cuando en una de sus hermosas alamedas se encontraron con un jóven elegante á quien conocian.

— ¿No has visto á M. X...? dijo una de las señoras á su compañera, cuando hubo pasado el jóven.

— Seguramente le he visto.

— Pero mamá, él nos ha visto tambien, ha clavado sus ojos en nosotras y no ha querido saludarnos.

— Ya lo creo; ¡es un hombre de tan buena educacion, tan político!

— El humo de su cigarro ha pasado sobre nuestros sombreros.

— Es el jóven de mejor tono que hay en Paris.

— Pero en fin, ¿no has oido tres palabras demasiado ligeras que pronunció cuando pasábamos?

— Su delicadeza es extremada; no hay hombre que le iguale.

— Vamos, estoy viendo que no me entiendes; te hablo de la poca urbanidad de M. X..., y me respondes haciéndome el elogio de su urbanidad y de sus buenas prendas.

— Así es, querida mía, y me sorprende mucho que tú que sabes vivir, que tienes mundo, tacto y finura, no hayas apreciado debidamente en esta ocasion el buen modo de proceder de M. X... y cuanta delicadeza encierra lo que llamas tú su descortesía.

— Dáme tras explicaciones si quieres que lo comprenda.

— Nada mas sencillo. Ya sabes que nosotras estamos aun en Paris en este tiempo, cuando ya todas las personas de categoría se han marchado de aquí, porque de un momento á otro van á venir á ver la Exposición tus señores tíos, y no podemos menos de recibirlos. Sin embargo, nos hemos despedido de todo el mundo, hemos dado fin á nuestras reuniones, en una palabra, para todos nuestros conocimientos estamos ausentes, y debemos permanecer de incógnito en Paris. El jóven que acaba de pasar ha comprendido perfectamente lo que llevo dicho, y por consiguiente nada mas natural que haya querido manifestarnos que no nos conocia, que nos hallábamos á cien leguas de Paris para él, lo que nos ha significado conservando el sombrero en la cabeza, y echándonos á la cara el humo de su cigarro con un requiebro. Se lo agradezco mucho, y aun no sabría decir si se ha quedado corto.

— Pues si lo hecho te parece poco, ignoro lo que habrias podido desear.

— Hija mía, M. X... debe guardar su incógnito lo mismo que nosotras, porque al fin y al cabo tampoco deberia encontrarse en Paris á menos de perder su título de hombre elegante, y por esto te recomiendo que cuando le veas el invierno próximo no vayas á decirle que le has reconocido, pues esto sería herir su justa susceptibilidad, sería mostrarse tan impolítica con él como él se ha mostrado con nosotras lleno de atencion y de cortesía.

Hace tiempo se conocen ya las astucias de ciertos elegantes y de algunas señoras de gran tono, que quieren seguir la moda sin tener en cuenta sus recursos, que quieren ostentar en todas ocasiones una posición superior á sus medios de fortuna. A falta de la realidad que jamás alcanzan, se dan las apariencias que satisfacen su amor propio; su imaginación, su destreza suplen la insuficiencia de su bolsillo, y á fuerza de ingenio se mantienen en la brillante falange de los elegidos de este mundo. Muchos de los que anuncian estrepitosamente su viaje á los baños de Baden, á Italia, á Suiza, se instalan modestamente en un cuartito tercero de

una modesta casa situada en cualquiera de las aldeas de las cercanías de Paris.

Y aun hay quien no marcha tan léjos. Un jóven muy bien recibido en los círculos elegantes de la capital ha descubierto un modo de salir del apuro que no carece de originalidad; en pocos minutos hace su viaje de verano, y ya van cuatro años que le repite en el mismo terreno, bajo las mismas condiciones y siempre con buen éxito.

Y sin embargo, este jóven podría seguir á la gente de tono en sus expediciones de verano, podría ir á los baños alemanes ó belgas, porque es rico, pero se encuentra sin ninguna inclinacion por los viajes, vive persuadido de que se pueden variar las diversiones sin correr en camino de hierro ó en diligencia, y mejor aun que presentándose en esas brillantes reuniones donde se ven de nuevo las fiestas parisienses, la comedia de invierno, que conserva los mismos caracteres, la misma intriga, los mismos personajes, con el único cambio de la escena.

En cuanto principia la época de los viajes hace sus visitas de despedida y arregla sus baules, respondiéndole á los que le preguntan donde va y donde se le podrá ver en el verano, que tiene el proyecto de recorrer los principales establecimientos de baños, abandonándose al capricho que quizás le arrastrará á Suiza ó á la Italia. En suma, no manifiesta ninguna idea fija, no se compromete en ninguna cita, y dice que confia en su buena estrella para los encuentros que deben distraerle en sus peregrinaciones caprichosas. Es el medio mas seguro de burlar las intenciones de la curiosidad demasiada indiscreta.

Cuando llega su dia señalado se va ostensiblemente con su equipaje.

— Al camino del Norte, grita al cochero.

Y luego cuando vuelve la primera esquina da otra orden y el vehículo en vez de marchar hacia el embarcadero, se dirige hacia el río, atraviesa un puente y llega á las alturas del barrio latino.

Nuestro elegante se establece pues en el país de las escuelas para todo el estío, se cambia en estudiante despues de haberse inscrito por la forma en la universidad, y durante tres meses lleva la vida alegre que se practica en esos parajes, la vida del estudiante que no estudia, la loca existencia del jóven que gasta con profusion su juventud y su buen humor en las diversiones siempre nuevas que encuentra á su paso, y que embellecen los caminos por donde le arrastra su fantasía. Los compañeros del estudio, los bailes, y todo el risueño poema del barrio latino, cambian para él los hábitos del gran mundo, de los salones dorados, del club y de la Opera.

A veces se encuentra en esos lugares extraviados con uno de sus conocimientos de los grandes barrios, un elegante que se sorprende haciendo exclamaciones al encontrarle allí con el sencillo traje de los indígenas de la comarca, esto es, con paletó de lienzo, gorrilla de medio lado y la pipa en los labios.

— ¡Vd. por aquí! exclama.

— Se equivoca Vd., caballero, responde sin inmutarse; me toma Vd. por otro.

— ¿Cómo puede ser? El vizconde de N...

— Ese vizconde es primo hermano mio; de léjos nos parecemos.

Y á mediados del otoño, despues de las vacaciones de la canícula, se vuelve á sus cuarteles de invierno, como si llegara de las orillas del Rhin, de la Suiza ó de Italia, contando las aventuras de sus viajes, y cuando le hablan de que le vieron en el país de los estudiantes, responde con mucha sangre fria:

— En efecto, tengo un primo hermano en Paris que está estudiando leyes.

Si en las personas de la alta sociedad los viajes á los baños y al extranjero es una cuestion de moda, entre la clase media la manía campestre es un asunto de mas grande importancia. No hay en Paris un industrial por humilde que sea la esfera de su comercio, que á la primera sonrisa de la fortuna no sueñe ya con una casa de persianas verdes en tal ó cual aldea. Para satisfacer este capricho bucólico que experimentan en general los parisienses, hay especuladores que construyen pueblos enteros de bonitas habitaciones en apariencia, cada cual con su jardin correspondiente, y que venden á buenas condiciones para el comprador de poco dinero. Por ochocientos pesos pagaderos en ocho años, el mas humilde tendero de la capital puede ver realizado el sueño de su vida.

Pero la transición de una actividad laboriosa á un estado de constante inacción no se logra así como se quiera: hé aquí un par de ejemplos.

Habia una vez en Paris un buen escribano que quiso probar tambien las delicias de la vida campestre; treinta y dos años hacia que estaba oyendo preconizar las dulzuras de esa existencia.

— ¡Qué diablo! se decia, bastante he trabajado, y me parece que tengo bien ganado mi tiempo de descanso. ¡Fuera el polvo de los legajos, acabemos con autos y escrituras! Me ahogo en este maldito despacho. Principiarémos por comprar una casa, pero una casa magnífica, donde haya estanques con buena pesca; tendré galgos, caballos, y viviré nadando en los placeres.

Y el escribano poseido de un noble ardor vende su escribanía y compra una casa de campo.

— Al cabo me encuentro libre, exclama; respiro, vivo, existo.

Y brincando de júbilo, tan alto como puede brincar un escribano, tomó posesion de sus dominios.

Tres meses despues el buen hombre habia perdido la mitad de su robustez ordinaria; su piel tenia el color amarillento del viejo pergamino, y la melancolía entristecía aquella frente que ántes fué el orgullo de los notarios.

Cuando querian llevarle á los bosques respondia:

— Dejadmé en paz; están plagados de animaluchos:

Y suspiraba.

A veces, sin embargo, se encerraba en su gabinete durante mucho tiempo, y luego salía á la hora de comer con una fisonomía casi alegre.

Su señora (pues estaba casado) notaba entónces que tenía los dedos manchados de tinta.

Un día inspirada por la curiosidad penetró en aquel gabinete, cuya entrada le tenía prohibida el escribano, y encontró una mesa cargada de legajos que figuraban contratos de boda ilusorios, escrituras de ventas fantásticas, testamentos dictados por difuntos que nunca habían vivido, en fin, todo lo concerniente al despacho de un escribano que ejerció su oficio.

Mientras estaba revolviendo aquellos papeles entró su marido, que se quedó cortado al verla.

— ¿Qué es esto? le preguntó; ¿puedes decirme qué significa este entretenimiento?

— Amiga mía, respondió nuestro hombre humillado, desde que he dejado mis negocios de escribanía no vivo, me parece que estoy muerto.

— ¿Y sin duda para resucitar te diviertes en estas simplezas?

— Sí, querida mía, si no lo hiciera así me moriría de veras.

De este modo disfrutaba del campo el escribano.

Todo el mundo conoce también en París la historia de un tendero de comestibles millonario, que había comprado una magnífica posesión en los alrededores de la capital. Tenía en ella monte, praderas, fuentes, un palacio, pero el tendero errante en sus jardines se acordaba del perfume de la canela.

Pasó algún tiempo, y el tendero recobró de pronto su alegría acostumbrada. El buen hombre dividió su vida en dos partes; por la noche se ponía un frac azul con botones dorados, un pantalón de mahón y una corbata blanca; entónces era un gran señor que recibía á los tenderos contemporáneos; pero de día se disfrazaba con unas gruesas patillas, un delantal de lienzo, una gorra de visera, y un pañuelo encarnado de algodón á guisa de corbata. De día era tendero y vendía artículos coloniales.

¿Porqué no había de hacer en una aldea lo que había hecho en París? Nuestro hombre alquiló una tienda, instaló en ella toda clase de comestibles, puso una hermosa muestra en la calle, con el fin de entregarse á su pasión favorita, el comercio de azúcar y de velas de sebo.

Sus patillas de cerda, su gorro y su delantal no engañaban á nadie, pero como vendía barato y bueno, los aldeanos fingían no sospechar siquiera esta inocente superchería que salvaba la vida al tendero millonario.

MARIANO URRABIETA.

DIADEMA DE LOS MARES.

A MI FINÍSIMO AMIGO EL Sr. D. JOAQUIN MARÍA LOPEZ.

I.

Era del mar la espléndida llanura
Solitaria region,
Donde su voz alzaba la natura
Henchida de emocion.

Y ella mirando la planicie inmensa
Su voz al elevar,
Dijo con grave inspiracion intensa
El Ponto al escuchar:

« Tiene la mar en apartado seno
» De Oriente en la extension,
» Un continente de prodigios lleno
» Que infunde inspiracion,

» Allí levanta la robusta frente
» Con gloria celestial,
» Y tres partes del mundo juntamente
» Le dan tributo real.

» El turco brinda hermosa pedrería
» Y joyas á placer,
» Lahor sus perlas con afan le envía
» Y el cielo rosicler.

» Su vasto seno so la mar gigante
» Coronado se ve
» Por naves mil al prosperar radiante
» La ilustracion, la fé. »

Y tú ciñendo con tu cuerpo el polo
Laureles no tendrás?
Porqué ese afan de revelarte solo
Si envidiado serás?

Tu coral en Bengala admiraría
El fastuoso señor;
Tu esencia Alepo al pár que Alejandría
Y tus montes Tabor;

Si el tártaro en caballo berberisco
Orgullecido va,
No cual los tuyos el bridon morisco
Fulgores lanzará.

Tú tienes las entrañas espumantes
Vestidas de coral,

Y son perlas las moles arrogantes
De tu fondo inmortal.
Mar de Occidente! Audaz abandonando
Atalaya y bastion,
Vengo en las alas de ese sol brotando
Sublime axaltacion.

Quiero que enarques la soberbia frente
Con la diadema real,
De un admirable, vasto continente,
Grandioso, colosal.

Podré esperar que tu iracunda oleada
Lo haga al punto aquí?
Y la mar retumbando alborotada
Dijo rugiendo: — Sí!

Y ante el sol majestuoso de Occidente
De un golpe suspendió,
De América el precioso continente
Que en breve deslumbró.

Brillan como cristales bien tallados
Sus montes sin cesar,
Sus volcanes se ven filigranados
Y es diadema del mar.

Sobre peñascos de coral y perlas
Las águilas están,
Los tigres se acercan para verlas
Y ruge el huracan.

Allá en el polo sobre mar de nieve
Roja aurora boreal,
Lanza fulgores y á la vez se mueve
Como fuego inmortal.

Y una raza inocente se levanta
Que anhela el arbol,
Su amor al cielo con dulzura canta
Y quema incienso al sol.

Rey de Occidente, mi impetuosa oleada
Diamantes brotará,
Y mi frente de perlas coronada
El Oriente verá.

Dijo la mar y la inmortal Natura
De hito en hito los dos,
Entró sonriendo en la celeste altura
Y pronunciando ¡Adios!

II.

Diadema de los mares de Occidente,
América inmortal, vírgen preciosa,
Alza entre palmas la abrasada frente,
Y al eco de la mar por tí radiosa.
Habitó en tu region harto luciente
Del peruano la tribu numerosa,
Que en algodón blanquísimo postrada
Tendía en las alturas su mirada.

La aljaba al hombro y en la frente ondeando
La azul y roja pluma peregrina,
De aves que revolaban arrullando
Al corazon en música divina.

Argollas de oro y ámbar ostentando,
Y en brazos de una india que se inclina,
Mirad al hijo del país distante
Dándole néctar con el labio amante.

Y allá en la mar aurirrollada, inquieta,
Canoas cien como en marfil labradas,
Inspiran ¡ay! á un indio que es poeta
Y viste plumas de ámbar salpicadas.

Y un ave pasa en intencion secreta
Y al tender sus bellísimas miradas,
Al eco mismo de la dulce lira
Le pasa el corazon, traidora vira.

Fragantes flores dóblanse apiñadas
Y en mar de aromas lánzase el ambiente,
Y la india en sus trémulas miradas
Amor exala cuanto mas sonriente.

Y en cortinas finísimas y ondeadas,
Prendidas de árbol que se inclina á Oriente,
Aves de pluma nacarada y suave
Amor infunden con acento grave.

En fosfórica luz el mar se enciende;
Muestra la luna disco diamantino,
Y en un rosal de pronto se suspende
Un pájaro de cuello cristalino.

Su párpado de záfiro esplende,
Su pecho es hechicero y argentino,
Y cuando busca seductoras galas
El aire inflama con las áureas alas.

Y allá las indias con brillante anzielo
Pescan en lago que la luna heria,
Y hunden de rosas en mullido suelo
Menudo pié que aromas desprendia.

Es una estrella nada mas el cielo
Que en sus rayos vertió la poesía,

Y en América antigua así derrama
Amor su influjo y el zenit su llama.

¿Do están aquellos indios
Que acaso serenatas
Cantaban al destello
De luna celestial?

¿Do están las indias dulces
Que al eco de la brisa
Lanzaban sus acentos
Con voz angelical?

Las sílides vagaban
Tras ellas con desvelo:
Las aves y las flores
Las daban emocion;

Y sobre el blanco pecho
Cambiantes relucian
De perlas y esmeraldas
En toda perfeccion.

El humo de la hoja
Que embriaga y embelesa,
Perdíase entre nubes
De aromas al subir.

Y en templos hermosísimos
Al sol edificados,
Quemaban siempre vivas
Y en vasos de zafir.

Y sobre altiva palma
De una culebra verde,
Los centellantes ojos
Mirábanse brillar.

Y arrulladoras tórtolas
Mil flores desojaban,
Sobre la inquieta frente
Del cazador jaguar.

¿Do está aquel Motezuma
Que en andas de topacio
Paseaba en alamedas
Con alta majestad?

¿Y dónde el nigromántico
Que le auguró la muerte?
¿Y dónde de ese príncipe
La espléndida deidad?

Sentadas en las plumas
De cisnes como nieve,
Las indias navegaban
Al son del caracol:

Domandó las panteras
Los fuertes zempoales,
Pagaban sus tributos
Fanáticos del sol.

¿Do están aquellos indios
Que acaso serenatas
Cantaban al destello
De luna celestial?

¿Do están las indias dulces
Que al eco de la brisa
Lanzaban sus acentos
Con voz angelical?

III.

Todo acabó. — Los templos cayeron arruinados.
Todo acabó! Los indios murieron á la par,
Y otras generaciones en pasos atinados
Quisieron de sus leyes el código fundar.
Aun llora por las selvas de América moderna
El aura embalsamada que aduerme al susurrar,
Y en bosques de cipreses purísima se interna,
Sus alas vaporosas el aura al agitar.

Todo acabó! — La raza feroz y anglo-sajona
Holló con fiera planta la raza que anterior
Tenía al grande astro por inmortal corona
Y alcázar de venturas y gloria en el amor.
Al recordar tan rara, tan plácida belleza
De aquellos nobles indios el lujo y el fervor,
La primitiva y rica gentil naturaleza
Los rasgos de inocencia y el nómade pastor,

Del bardo americano la lágrima luciente
Se salta como el polen, vertiendo inspiracion:
Como tal vez del labio de un ángel refulgente,
La delicada perla do cifra su ilusion!
Cantad, poetas árabes, con lira sonora
Las glorias del Oriente, de Agar la ilustracion,
Yo cantaré la América inmensa y portentosa,
Su porvenir sublime de resplandor y union.

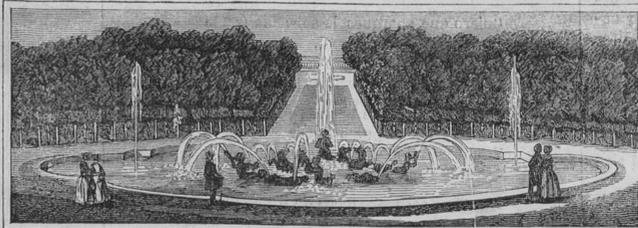
Vosotros en la frente mostrais rojo turbante,
Donde ricos diamantes al sol quieren cegar,
Yo tengo aquel plumero que Hafuey llevó arrogante
Con lindas margaritas la pluma al adornar.
Cantad y de Mahoma la fama suba al cielo,
Que yo dando á los vientos mi fervido cantar,
De la caduca Europa sobre el sangriento suelo
La América en mis trovas intentaré realzar.

ANTONIO VINAGERAS.

VER SALLES AVISTA DE PAJARO.



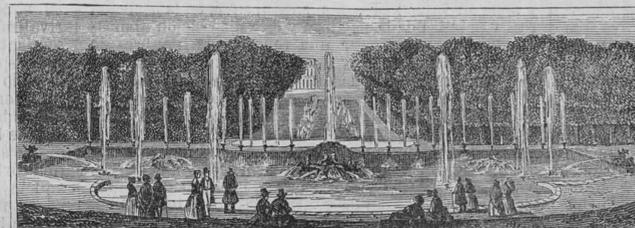
LA COLONNADÉ.



LE CHAR EMBOURBÉ.



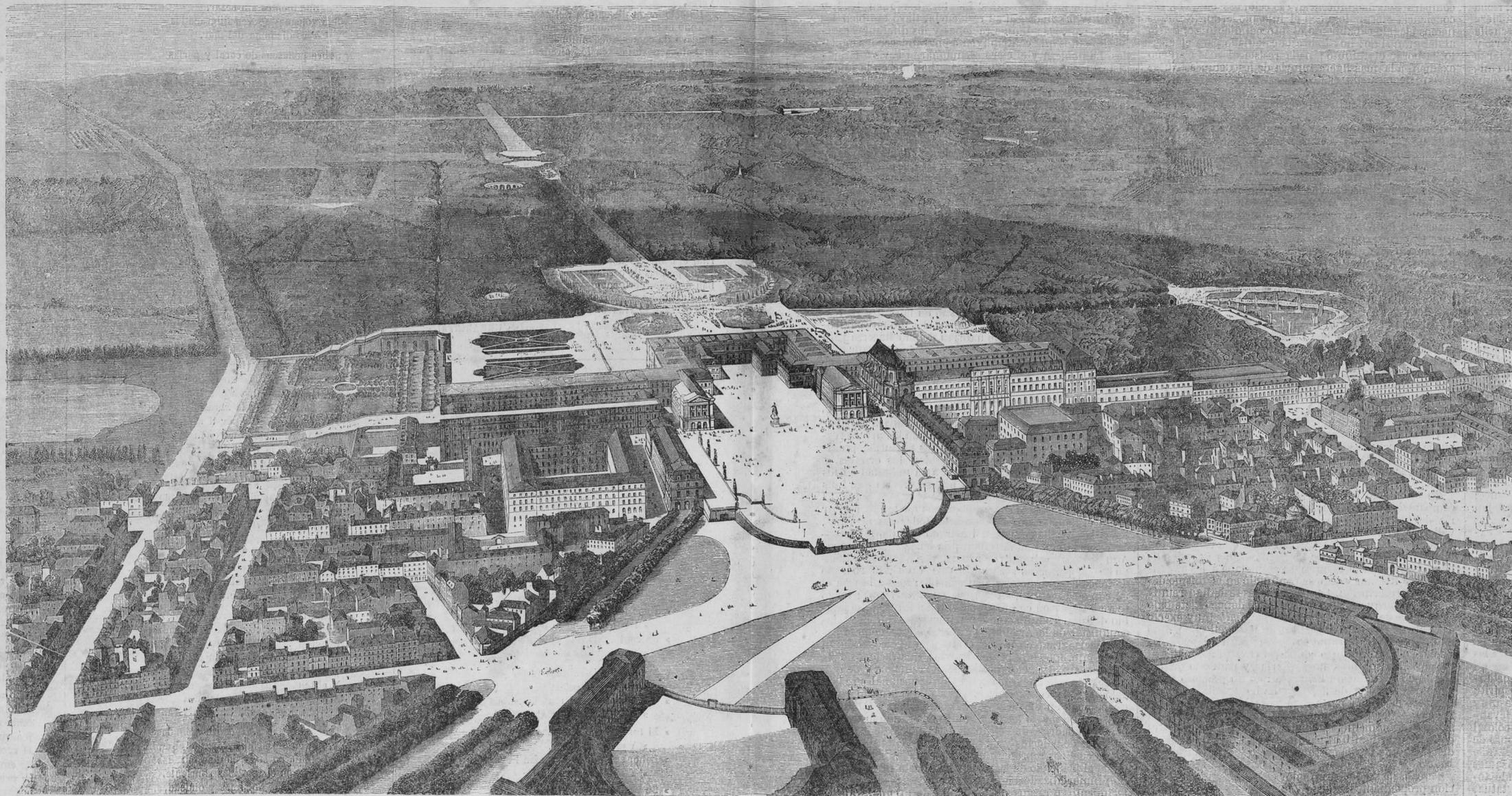
FAÇADE SUR LE PARC.



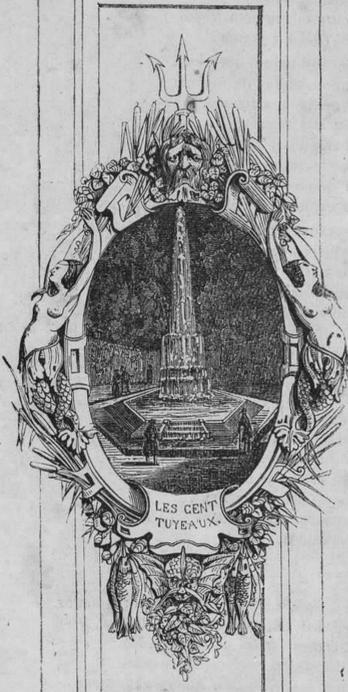
PIECE DU DRAGON.



BASSIN DE LATONE.



FONTAINE DU POINT DU JOUR.



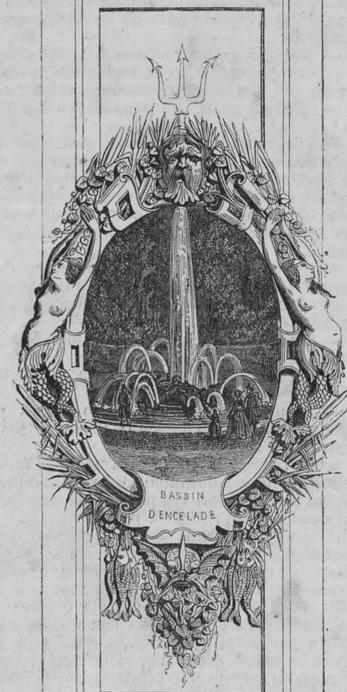
LES CENT TUYEAUX.



CHEVAUX DES BAINS D'APOLLON.



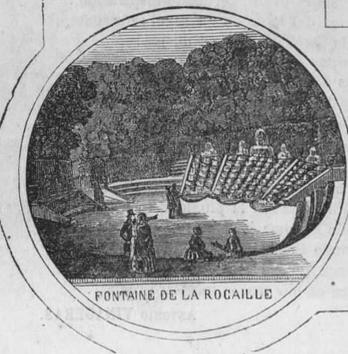
FONTAINE DE DIANE.



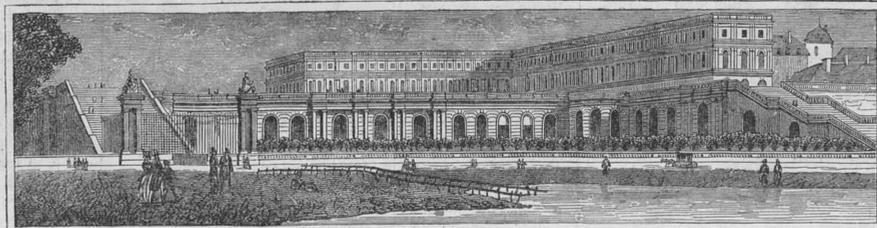
BASSIN D'ENCLADE.



CHEVAUX DES BAINS D'APOLLON.



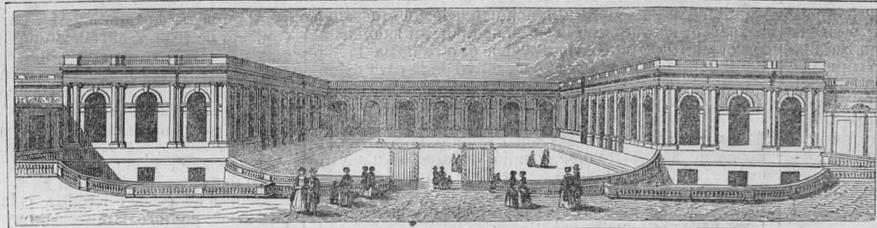
FONTAINE DE LA ROCAILLE.



LE CHATEAU ET L'ORANGERIE VUE DE LA PIECE D'EAU DES SUISSES.



GROUPE TIRÉ DES BAINS D'APOLLON.



LE GRAND TRIANON.



L'AVENUE D'EAU.

Versalles.

Cuando Luis XIV hizo la insigne locura que se llama el palacio y el parque de Versalles, cuando con ayuda de Le Notre, Lebrun y Mansard se entregó a esa prodigiosa orgía de arquitectura, pintura, bosques, fuentes, jarrones, estatuas, mármoles y bronceos, cuando en un terreno ingrato improvisó esplendores que tocaban en lo inverosímil, por no decir en lo imposible, no solo llevó a cabo una cosa grande y sorprendente en su belleza, sino que hizo también una cosa útil.

Los demócratas dicen que provocó la revolución; los habitantes del departamento (Sena y Oise) que hizo la fortuna de Versalles, ó por mejor decir que creó esa ciudad magnífica entre todas de una oscura aldea; los franceses de los ochenta y cinco departamentos restantes que dotó al país de una maravilla que habría admirado al mundo antiguo y que inspira al nuevo mucha envidia, y por último, los especuladores industriales que hizo los ferro carriles de la orilla derecha y de la orilla izquierda del Sena, lo que no es poca cosa.

Calcúlese la cantidad de extranjeros, el número de guineas, de rixdalers, de ducados, de pesos fuertes, de florines, de rublos atraídos a Francia desde 1672, fecha de la conclusión del palacio de Versalles, la grandeza de los monumentos franceses, entre los que descuella aquel, pues sin duda alguna es el mas extraordinario y mas famoso de todos, y se juzgará si desde hace largo tiempo la Francia no ha recuperado con usura los millones que los historiadores echaron en cara al gran rey que habia gastado en una llanura pelada y estéril, al rededor del modesto palacio que habitaba su difunto padre.

Pero en suma, ¿cuántos millones se gastaron? Mil ó mil doscientos cuando mas, una bagatela, menos de lo que importa uno de los presupuestos ordinarios. Otros gastos se han visto en el mundo; pero esto no impidió que el gran rey al morir no se diese golpes de pecho diciendo:

— ¡Mé han gustado demasiado... los palacios!

¿Acaso cada siglo no ha tenido sus locuras, sus extravíos, su vértigo? El nuestro no podia decir tambien:

— ¡Me han gustado demasiado los caminos de hierro!

Y seria verdad, pero el siglo próximo, ese plácido heredero que recogerá sin gasto ninguno el beneficio de nuestro delirio de rail-ways, no andaria fundado si nos echase en cara nuestras extravagancias, pues eso seria obrar como un hijo ingrato, y de mal corazon, y por mi parte le daria desde luego mi maldición paterna.

Seamos pues mas piadosos si queremos que lo sean para nuestra memoria. No imitemos a los hijos de Noé y arrojemos un velo sobre la embriaguez de nuestros padres.

— Luis XIV, dicen, abrió la tumba a la monarquía cuando edificó Versalles.

— Es cierto, pero nos queda esa tumba magnífica.

— Nos llevó a la bancarrota.

— Tambien es verdad; ¿pero hemos pagado sus deudas para tener el derecho de criticar sus prodigalidades?

Lo que caracteriza profundamente a Versalles es un sello de majestad, de inmensidad verdaderamente único: en ese parque y en ese palacio gigantesco, se reflejan siempre el gran rey y su época. Al cabo de dos siglos que han transcurrido ya, no puede uno menos de experimentar un sentimiento de admiración, y por decirlo así, de respeto, a la vista de ese monumento prodigioso del arte francés y del poder real. Se encuentran allí, y perdónese esta analogía ó esta paradoja, todos los caracteres de la monarquía absoluta, inteligente y caballeresca que entonces reinaba en Francia; el orden en la profusión, la prudencia en el capricho, cada cosa en su lugar correspondiente, cada detalle subordinado escrupulosamente al conjunto, grandes líneas, un vasto horizonte, mil complicaciones armonizadas en la unidad mas grandiosa, una majestad sencilla, un desarrollo soberano, una magnificencia severa, sustancial, sólida. Versalles fué la extravagancia del espíritu mas sensato, mas amante de la regla. Se conoce muy bien que solo un amo y un amo poderoso podia levantar del suelo una maravilla de ese género, obra colosal que no podrian llevar hoy a buen término millones de voluntades reunidas.

Pero despues si de ese conjunto admirable pasamos a los pormenores, el asombro es quizá mas grande todavía. No hay nada allí, ni un grupo, ni una estatua, ni un jarrón, ni un ornato cualquiera por perdido que se encuentre en las profundidades de los parques, que no sea una obra concluida, inimitable en su género; ni la materia, ni la mano del hombre faltaron jamás a la obra mas humilde; no se descubre allí ningun rastro de negligencia ni de mezquindad, ningun charlatanismo, ningun efecto de engaño. Cada obrero hizo su tarea concienzudamente sin pensar en si su obra seria la primera que se expusiera a las miradas de la muchedumbre entusiasta, ó si se hallaria perdida entre el vasto conjunto de tantas preciosidades. Cada uno de ellos movido por el sentimiento de la gerarquía y del deber, sabia tambien intimamente que el astro radiante *nec pluribus impar*, en el cual se personificaba el augusto director de todo aquello, concluiría tarde ó temprano por lucir para cada uno y para todos; que ningun trabajo era perdido, que ningun esfuerzo concienzudo dejaría de tener su recompensa.

Por eso aquellos obreros que eran en su mayor parte grandes artistas hicieron de Versalles no solo una

residencia digna de uno de los reyes mas grandes del universo, sino un museo nacional cuya perfección y riqueza quedaron para siempre admirables, un museo *en acción* si me es permitido expresarme así; pues ninguna obra de arte por grande que sea está allí aislada; concurre a la armonía y a la impresión generales y tiene su valor intrínseco, en fin, *in vivo*, en la acepción real y práctica de la palabra; y esta disposición al mostrar lo que puede hacer una reunión de hombres de talento, disciplinados y sometidos a una voluntad de rey y de artista, produce otra impresión muy diferente que un acontecimiento de obras maestras colocadas por catálogo, al acaso, en una galería especial, ó en la sala baja de un palacio.

Versalles nos representa una de esas raras sinfonías que desde el principio seducen y sorprenden por el esplendor y la fuerza de los acordes, la calma de la inspiración, la majestad de la armonía, y que luego oídas repetidas veces, revelan detalles de instrumentación admirables, bellezas de orquesta y melodías que no se oyeron al principio, a fuerza de estar ingeniosa y sabiamente fundidas en las proporciones del conjunto.

Pero ¡ay! qué desengaño se experimenta cuando se compara esa magnificencia, ese celo, ese cuidado, esa conciencia escrupulosa con el lujo moderno. ¡Nosotros hemos elegido cabalmente el procedimiento contrario al del gran siglo! hoy todo está calculado para el efecto, la hora, el minuto; nada resiste al mas pequeño examen, a la mas ligera injuria de los tiempos. Nuestros mármoles son estuco, nuestras piedras, carton, nuestros dorados, pintura, y nuestras esculturas se fabrican con molde; sin salir de Versalles se puede hacer esta comparación aflictiva.

Pero mas chocante aun seria el desacuerdo si en el antiguo palacio pudiéramos ver por algunos instantes aquella muchedumbre dorada, resplandeciente, que en otro tiempo poblaba los salones de Versalles. ¡Qué bonita figura haríamos nosotros, pueblos de gente de negocios, mezquinos, en nuestras salas miserables al lado de aquella orgullosa y galante aristocracia reanimada sobre el antiguo teatro de sus fiestas y de sus hazañas amorosas! Entonces sí que el gran rey tendria razon para tratarnos como trató a los cuadros de cierto autor famoso que queria arrojar de su palacio, diciendo encolerizado:

— Sacadme de aquí esos monigotes.

Pero es verdad tambien que los monigotes no se darian mucha prisa a obedecer la orden. Los monigotes se hallan en su casa en el palacio del rey, en la morada del Sol; al cabo y al fin, para ellos trabajaron Mansard y Le Notre, y buena idea fué, pues los monigotes que carecen de gusto serian incapaces de elevarse a tales concepciones. Además, que no podrian llegar aunque poseyeran recursos, diez veces superiores a aquellos de que disponia el conquistador de Flandes y el enemigo de los cuadros flamencos. Ese es el progreso; el lujo económico el lujo de la economía política; como cada *monigote* quiere tener una casa propia y lujo en el vestir, ó cosa que se le parezca, resulta que ya no puede haber vestidos de oro ni palacios. Así pues Luis XIV anduvo bien inspirado en constituirse en superintendente fastuoso y artistico de nuestros placeres.

En el mismo Versalles se puede hacer tambien la comparación de las escuelas francesa é inglesa en materia de bosques, de parques y jardines. Una reacción violenta se habia pronunciado bajo la influencia de las nuevas ideas literarias (¿quién diria que hoy son tan viejas?) contra el estilo de Le Notre, cuyas grandes líneas y simetría académica se asemejaba a los alejandrinos de Racine, y todo se confundió en el mismo decreto de proscripción. Los dos géneros se hallan reunidos en el parque mismo de Versalles donde existe bajo el nombre de *Jardin del rey* un *fac simile* muy exacto del parque contiguo al castillo de Hastwell que habitó S. M. Luis XVIII durante su destierro en Inglaterra. De vuelta en Francia quiso conservar el recuerdo material de aquellas sombras hospitalarias y para ello mandó ejecutar esa imitación británica: es un precioso laberinto de céspedes, de flores, y de bosquecillos frondosos, pero dejando a parte toda parcialidad por las cosas francesas, debo decir que la reacción anti-francesa ha sido soberanamente exajerada y que de esa muestra del jardín británico al parque de Versalles hay toda la distancia que media entre un boceto y un cuadro acabado.

Pero basta ya de preámbulo, entremos en la descripción propiamente dicha de Versalles.

El primer origen de Versalles es muy incierto; esta ciudad que ántes de Luis XIII no era mas que una pobre aldea, tiene una iglesia cuya fundación data del año 1084 de nuestra era. Este lugar servia de punto de reunión a los cazadores que acudían a los bosques que le rodean, bosques que se extienden por un lado hasta la floresta de San German y por el otro hasta la de Rambouillet. A este poderoso atractivo de la caza debió Versalles su fortuna, que principió reinando Carlos IX quien instituyó allí cuatro ferias y un mercado.

El señor del lugar Antonio de Lomenie, hijo de una de las numerosas victimas del degüello famoso de la noche de San Bartolomé, vendió Versalles a Luis XIII en 1627. Luis XIII mandó construir allí un pabellón, y luego una habitación mas grande, esto es, un cuerpo de casa de 43 metros sobre cada fachada con dos alas terminadas por cuatro pabellones pequeños. Tal era el palacio de Versalles, cuando en 1660, Luis XIV concibió el proyecto de hacer allí una de las magnificencias del

mundo. Tomamos de la obra de M. Vatout (1) este pasaje que caracteriza perfectamente el Versalles del gran rey:

« El genio del hombre luchando contra la naturaleza; los rios desviados de su curso para llevar sus aguas por cauces de mármol; un ejército ocupando sus ocios en aquellas obras inmensas; todas las artes a la vez rivalizando en celo para igualar la grandeza del pensamiento que las habia convocado; un palacio de los mas espléndidos que han tenido los reyes en el mundo, elevado segun los planos de Mansard y adornado con los tesoros del pincel de Lebrun; jardines maravillosos dibujados por Le Notre y adornados con las obras maestras de Puget y de Girardon: una casa soberana prodigando a millones los ricos tributos de sus conquistas; una corte fastuosa aumentando con su lujo el brillo de aquel sitio real; en fin, aquellas primeras fiestas ordenadas por Colbert, animadas por Molière, celebradas por La Fontaine, y presididas por un semi-dios radiante de juventud, de amor y de gloria, tal fué el espectáculo que presentó la pomposa creación del palacio de Versalles. »

El palacio de Versalles fué terminado en 1672, y Luis XIV al fijar allí su residencia, llevó tambien los ministerios, las administraciones y los diferentes establecimientos que contribuyen a engrandecer las ciudades. La nobleza y el clero abandonaron Paris a la magistratura y a la clase media para habitar en la nueva ciudad, donde cada cual queria tener una casa, si no un palacio. Luis XIV no salió de Versalles, sino cuando le llevaron a su muerte en 1715 al panteon de San Denis con sus antepasados.

Durante los siete años de minoría de su sucesor Luis XV, la corte habia estado en Paris, pero en 1790 volvió a Versalles que contaba ya cerca de 100,000 almas, y allí permaneció hasta 1792, época en que el infortunado Luis XVI fué arrancado de su morada y traído a Paris. La Convención hizo del palacio de Versalles una sucursal de los Inválidos, y aun se trató de destruirle cuando en 1798 el advenimiento de Bonaparte al poder salvó el monumento real que fué reunido a la corona.

Napoleon emperador, pensó restablecerle en su grandeza primitiva. El arquitecto Gondorin presentó un proyecto que se elevaba a 50 millones y que no se puso en obra; los arquitectos Percier y Fontaine presentaron otro de 6 millones cuya ejecución impidió la campaña de Rusia. Luis XVIII insistió en la idea y se restauró el edificio, pero la prudencia del monarca retrocedió ante los gastos que habrían debido hacerse para que de nuevo pudiera habitarle la corte de Francia.

Luis-Felipe restituyó al palacio de Versalles su antiguo esplendor, ó por mejor decir le aseguró el mas noble destino que era posible darle consagrándole a todas las glorias de la patria. Luis-Felipe, haciendo desaparecer toda mezquindad en la distribución, supo crear nuevos salones y galerías inmensas para exponer allí como en un museo las riquezas de las artes; restauró los artesonados, los techos, las pinturas; prodigó en todas partes el oro, los muebles, los ornatos, y supo añadir una nueva majestad a la majestad de los antiguos aposentos, tanto que hoy se creeria que Luis XIV solo está ausente hace veinte y cuatro horas. El pincel de los artistas contemporáneos ha hecho revivir sobre el lienzo todos los hombres, todas las acciones, todas las batallas que han ilustrado los anales franceses desde la cuna de la monarquía hasta nuestros días. Aquí brillan los hechos de armas mas famosos en tiempo de las primeras razas; allí está Luis XIV rodeado de todas las grandezas de su reinado; mas allá está el 92 con su juventud, su arrojo, su entusiasmo; luego se ve a Napoleon con los prodigios del imperio, el pueblo de julio conquistando las libertades públicas, las conquistas de la Argelia, etc., etc. De este modo el palacio consagrado en un principio a la apoteosis de un solo hombre, es hoy la de todas las ilustraciones de la Francia, sin distinción de épocas, de reinados y de opiniones, de este modo todas las glorias nacionales se han aglomerado y confundido en el mismo santuario, como no teniendo en efecto sino una sola patria.

Este gran *museo nacional*, único en el mundo se compone de cuadros, de retratos, de bustos y de estatuas, de vistas de palacios y de marinas;

Los cuadros representan: 1º las grandes batallas que desde el principio de la monarquía hasta nuestros días han inmortalizado a las armas francesas; — 2º los acontecimientos ó rasgos mas notables de los anales históricos de la Francia; — 3º el siglo de Luis XIV; — 4º los reinados de Luis XV y de Luis XVI; — 5º el levantamiento en masa y los hechos memorables de 1792; — 6º las victorias de la república; — 7º las campañas de Napoleon; — 8º las acciones guerreras del Imperio; — 9º los reinados de Luis XVIII y Carlos X; — 10º la revolución de 1830 y el reinado de Luis-Felipe. — Además de estos cuadros existe una colección de aguadas que representa la campaña de Italia.

Los retratos comprenden: 1º la colección de todos los reyes de Francia desde Faramundo hasta Luis-Felipe; — 2º todos los grandes almirantes de Francia; — 3º todos los condestables; — 4º todos los mariscales; — 5º los demás generales y oficiales ilustres que figuran en los fastos de la gloria militar del país.

Además de estas diferentes colecciones todas compuestas de nombres franceses, hay una inmensa gale-

(1) Recuerdos históricos de las Residencias reales de Francia; — Paris 1837.

ría de retratos de los personajes de todos los tiempos, de todos los países que se han hecho ilustres en el trono, en el orden político, en la guerra, en la magistratura, en las ciencias, en las letras y en las artes: allí está Carlos V junto a Francisco I, María Teresa al lado de Federico el Grande, Leon X con Richelieu, Newton con Descartes, Alfieri con Corneille, etc.

Los bustos y las estatuas forman igualmente galerías de personajes célebres desde los primeros siglos de la monarquía hasta nuestros tiempos, y también se encuentran allí los sepulcros de los reyes y reinas, príncipes y princesas de Francia.

Luego se ve otra colección de vistas de los antiguos castillos de la Francia, con los personajes vestidos como en aquel tiempo. Las marinas representan algunas de las principales batallas navales. — En estas diferentes exposiciones se ha seguido cuanto era posible el orden cronológico, y cuando las dimensiones de los cuadros eran un obstáculo para ello, se hicieron los cambios correspondientes en la distribución de los aposentos: raras infracciones se han cometido contra esta regla histórica.

Por último, como la antigua denominación de varios salones habría contrastado con los cuadros que se encuentran en ellos, se ha conservado al lado de la designación moderna el nombre consagrado por el uso, y de este modo los recuerdos del pasado reviven con las disposiciones del presente y el palacio de Luis XIV subsiste con el templo de la gloria francesa.

El palacio tiene dos fachadas, una mirando a la ciudad, y otra de cara al parque; la primera está precedida de un ancho patio, por el que se pasa al del palacio, llamado antiguamente patio real, y de este se llega aun a otro llamado de mármol porque su pavimento es de esta piedra, de color de rosa y blanca. — Por el lado del jardín, el palacio presenta una fachada de 598 metros de larga, constando este de un piso bajo, un piso principal y un ático.

El gran patio de entrada ofrece por el lado de los aposentos la estatua ecuestre de Luis XIV con el traje de la época que se alza entre diez y seis estatuas coloradas que representan los siguientes personajes:

Duguesclin, cuya sombra ganaba batallas;
Bayardo, caballero sin miedo y sin tacha;
Turenna y Condé, ilustres generales;
Duquesne, Duguay-Trouin, Tourville y Suffren, marinos célebres;
Suger, Sully, Richelieu y Collert, ministros inmortales;

Y por último, los mariscales Massena, Jourdan, Moreau y Tresvie, alianza de los siglos de grandeza y de fama que prepara el ánimo del visitante a la contemplación de los objetos que va a encontrar en el interior del palacio formado de tres cuerpos principales, el cuerpo central y las dos alas del Sur y del Norte.

En el cuerpo central se encuentra la escalera de mármol, cuyo vestíbulo ofrece los bustos y estatuas de Mansard el que creó el edificio; de Le Notre que creó los jardines, de La Fontaine y de Boileau que los celebraron, de Molière y de Delille, y por último de Luis XIV. En los aposentos del gran rey se admira en el techo una de las más bellas pinturas de Pablo Veroneso que formaban parte de la galería del consejo de los Diez en Venecia, y que Napoleón cuando sus victorias en Italia mandó transportar a Versalles. En estos aposentos se encontraba Luis XVI cuando M. de Brezé, gran maestro de ceremonias, vino a traerle en medio de una gran conmoción aquella famosa respuesta de Mirabeau: «Id a decir al rey que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.»

El salón de los Relojes debe su nombre al magnífico reloj de Pasmant, ejecutado por Dauthiot que se encuentra allí con otros varios, y que marca con la mayor exactitud el estado del cielo, las fases de la luna, el curso de los planetas, los días, los meses y los años. De este salón se pasa a un gabinete que tiene una escalera, a cuyo pie en 1757, Damiens hirió a Luis XV con un cortaplumas en el instante en que este príncipe subía a su carruaje.

Allí cerca está el comedor de Luis XIV que era aficionado a la buena mesa, y que solo bebía vino de champaña, hasta los últimos tiempos de su vida en que su médico Fagon le redujo al borgoña. En ese comedor recibió muchas veces a Molière el gran monarca, y se complacía en hacerle plato, lo que desesperaba a los cortesanos.

El salón de las Cruzadas dependiente en otro tiempo del teatro, fué adornado por Luis Felipe con una serie de cuadros donde se ve la historia de las Cruzadas.

El salón de los Estados Generales, donde se halló antiguamente el teatro ofrece tres grandes cuadros que representan los Estados de 1306 en tiempo de Luis XII; los de 1614, reinando Luis XIII y los Estados de 1789 en tiempo de Luis XVI.

El salón de Hércules es la antigua capilla donde pronunciaba Bossuet delante de Luis XIV en medio de su corte y en todo el brillo de su poderío, estas famosas palabras: «Solo Dios es grande.» Allí también predicó Massillon y se celebró en 1672 el matrimonio del duque de Chartres, después regente de Francia.

En los aposentos principales se admiran los salones de la Consagración; — de Diana; — de Marte; — de Mercurio y de Apolo, antes salón del Trono, donde recibió Luis XIV a los embajadores de Siam y al embajador de Persia.

Vienen después el salón de la Guerra, la galería de los Espejos, cuyo techo se volvió la apoteosis del mo-

narca con la representación de sus victorias; el salón de la Paz, el de la Reina, el de 1792 ó de los Cien Suizos que ofrece sobre todo los dos cuadros de las batallas de Jemmapes y de Valmy, y las galerías de las Acuarelas, que encierra unas trescientas representando todas las campañas francesas desde 1793 hasta 1809.

En el piso bajo del cuerpo central del palacio está el salón de los *Almirantes de Francia* (palabra sacada del griego *almuria*, agua salada,) que comprende desde Florent de Varennes el primero que tuvo ese cargo en 1270 reinando Luis XI ó San Luis, hasta los del año 1846; — el salón de los *Condestables*, que son treinta y cinco, desde Alberico, el primero que lo fué en 1030, hasta Lesdiguières en 1626, año en que se acabó esta alta dignidad militar; las catorce salas de los *Mariscales de Francia*, desde el primero creado en 1183 que fué Pedro I, hasta nuestros días; las salas de los guerreros célebres, desde Dunois, compañero de Juana de Arco, hasta la época actual, y por último se ven las salas de los reyes de Francia y la de los castillos antiguos.

En el ala del Sur están en el piso bajo la galería Napoleón y la galería de escultura; en el primer piso la gran galería de las batallas, el salón de 1830, etc. El ala del Norte contiene en el piso bajo la galería llamada de la historia de Francia, la de las estatuas y sepulcros de los reyes de Francia, y en el primer piso la capilla, la segunda galería de la historia de Francia, la segunda galería de estatuas y sepulcros, etc. El ático encierra los retratos hasta 1792, y por último en el ala del Norte se encuentra también el espléndido teatro del palacio.

Hemos tratado de resumir esta descripción de Versalles que para ser completa exigiría volúmenes enteros. La obra de tantos años, de tantos brazos y de tantos talentos no puede comprenderse ni juzgarse en algunas horas, y el pasar un día en Versalles es seguramente una diversión algo penosa. — Por lo demás, en la estación que atravesamos, hay por lo menos cuarenta mil personas que van a disfrutar de ese placer cada quince días, pues con motivo de la Exposición Universal corren dos veces por mes las aguas de las grandes fuentes de los jardines que en los años ordinarios solo se pueden ver tres ó cuatro veces en todo el estío. Cada anuncio de este género representa un movimiento enorme de población, pues los juegos de esas aguas maravillosas es uno de esos espectáculos de una hermosura eterna que aun los mismos parisienses no se cansan de admirar, y que con mas razon anhelan ver los extranjeros.

En esos días las cercanías de las dos vías férreas se hallan obstruidas desde por la mañana por una compacta muchedumbre, y como los trenes que parten de diez en diez minutos no bastan para llevar tanta y tanta gente, salen a luz también una gran cantidad de vehículos que se creían enterrados hace años; es una emigración en masa.

Versalles, esa gran ciudad silenciosa y casi fúnebre desde que la caída del poder absoluto redujo a veinte mil el número de sus habitantes, ve la yerba de sus anchas calles melancólicas hollada por una población estrepitosa y alegre. En breve el parque y el palacio se encuentran invadidos, y el pueblo pulula en esas inmensidades de la antigua monarquía francesa.

La muchedumbre no consagra la mayor atención a las estatuas de mármol de colosales dimensiones que adornan el patio ó plaza de entrada del palacio; muy pocos piensan también en visitar aquella famosa sala del juego de Pelota que vió la aurora y fué la cuna de la libertad de la Francia. Una inscripción subsiste aun que relata el memorable juramento de la asamblea constituyente, pero la sala está convertida en un taller de carpintero y en un almacén de decoraciones de teatro.

Esta negligencia, este olvido de uno de los más grandes recuerdos de la historia nacional es perdonable, ó cuando menos concebible en un día en que el paseante se propone simplemente visitar el palacio, el museo, el parque, los invernaderos, todas las fuentes, el grande y el pequeño Trianon, esos palacios en miniatura, que fueron los retiros predilectos de la infortunada María Antonieta; con esto hay suficiente para cansar al andarín más intrépido. Y sin embargo, el parisiense recorre todo eso en algunas horas, y no solo sino con su familia, con su mujer y sus pequesuelos.

Este difícil problema no podría resolverse sino a la condición de emplear la mañana en visitar a paso rápido los diferentes salones ó galerías que contienen el museo. Al pensar que, como hemos dicho, la fachada del palacio sobre el jardín presenta un desarrollo de medio kilómetro sin contar los varios pabellones que comprenden los patios del lado de la plaza de Armas, no puede uno menos de espantarse con la peregrinación que debe hacer el visitante en tan poco tiempo ante esas leguas de batallas pintadas. La muchedumbre admira con preferencia los hechos de armas contemporáneos, como la serie que representa las conquistas de Argel, en tanto que los artistas van a visitar los antiguos retratos colgados en los pisos superiores, y a ver de nuevo los aposentos del gran rey, los techos de Mignard y de Lebrun, los mármoles de Puget, el teatro, la capilla, la hermosa sala de los Guardias, y la alcoba de Luis XIV, concienzudamente restaurada por orden de Luis-Felipe, cuya austeridad magnificencia evoca el recuerdo de una época lejana ya de nosotros.

Pero dan las dos; la muchedumbre evacua el palacio y se precipita en los jardines: esa es la hora en que por todas partes las fuentes se cubren de sirtidores húme-

dos, de cascadas y de juegos brillantes. Las aguas constituyen el alma de Versalles; son quizá su principal maravilla, no solo por los grandes gastos que se hicieron para llevarlas, sino sobre todo en razón de los efectos sorprendentes que supieron producir con ellas los maquinistas y los ingenieros del gran rey. Tan difícil sería pintar esos efectos como describir las impresiones que causan los fuegos artificiales; por eso remitimos al lector a nuestros grabados que darán una idea más aproximada que podrían hacerlo nuestras palabras.

Sin embargo, las aguas de Versalles han decaído mucho de su antiguo esplendor; por lo regular el titan enterrado entre las rocas no saca ya del fondo de su pecho poderoso más que un chorrillo de agua; las ranas mojan con mucha pena la cabeza de Latona; la serpiente que lanzaba soberbiamente en los aires su caño prodigioso, ha perdido más de la mitad de su aliento vigoroso; en fin, hasta las mismas focas y los tritones, esos dioses marinos, no tienen ya bastante agua para llenar sus conchas.

Esta pobreza que ha ido en aumento hasta que el gobierno francés se decidió a gastar algunos miles de pesos en la reparación de esas preciosas fuentes, data del tiempo del gran rey, y el mismo Luis XIV, a pesar del efecto constante de las máquinas y de los canales veía que se secaba el agua en sus pilones bajo sus divinidades náuticas.

«A pesar de cuanto hacian, decía Saint-Simon, faltaba el agua, y esas maravillas del arte en forma de fuente se secaban, como les sucede ahora a cada instante, no obstante la prevision de esos mares ó receptáculos cuyo establecimiento costó tantos millones, pues el terreno era de arena y de fango.»

Sin embargo, las aguas de Versalles son aun bastante ricas para conservar la reputación que merecieron hasta de los mismos detractores de Versalles y del gran rey; pero muchos las desprecian hoy porque se hallan abandonadas al vulgo, porque han llegado a ser un regocijo popular, como los fuegos artificiales y demás diversiones de los Campos-Eliseos.

Los poetas, corazones solitarios, acuden aun bajo las sombras de Versalles a meditar sobre los pasados tiempos, sobre los esplendores eclipsados; van a despertar en el parque desierto los recuerdos del gran siglo, a preguntar a las estatuas pensativas:

Los secretos de aquel pasado vano...

La naturaleza, tan olvidadiza generalmente en todas partes, parece conservar aquí por el contrario el sello eterno de sus primeros dueños; sombras amorosas, fantasmas magníficos pueblan esas alamedas silenciosas, el viento murmura los versos de Racine y de Molière, y las grandes escaleras parecen aun

Subidas y bajadas por gente de gran gala.

El poeta se mezcla con la muchedumbre de cortesanos bordados y dorados, devuelve a Versalles sus fiestas, sus amores de otro tiempo, y cree ver brillar la imágen deslumbradora del gran rey en las aguas bulliciosas, teñidas de mil colores por los rayos de ese sol que Luis XIV había tomado por emblema. Pero todas esas hermosas imaginaciones necesitan el silencio y la soledad, necesitan que el parque esté desierto, los jardines abandonados. Como el fiel servidor de los antiguos señores, el poeta huye delante de la muchedumbre de los nuevos amos a quienes trata de usurpadores, profanos y sacrilegos; detesta en ese palacio real la fiesta de la plebe.

Sin embargo, llegan esos nuevos amos. María Antonieta

De Trianon la deidad joven y augusta

como la llamaba Delille; María Antonieta, con gran escándalo de todos, gastaba treinta y cinco minutos en andar el camino de Paris a Versalles, reventando caballos y postillones. La muchedumbre, la nueva soberana, llega más pronto que María Antonieta y en un carruaje cien veces más bello, más espléndido; cada uno de los brincos de esos nuevos alazanes lleva a la fiesta mil nuevos espectadores, y esa ola siempre creciente lo invade todo. Es Paris, Paris entero con su vestido de los días de fiesta que va a visitar su palacio y su parque de Versalles.

Luis XIV no llegaba con tanta pompa ni estrépito Napoleón y su séquito imperial no bastaban para llenar así tan grandes espacios. Versalles se había hecho verdaderamente para el pueblo, pues el pueblo solo es bastante grande para volver a poblar sus inmensas soledades. Con mucha más razón que el gran rey, el pueblo puede decir:

— ¡Versalles, soy yo! pues él fué quien le pagó, quien le construyó, quien plantó sus parques.

— ¡Veinte mil francos! ¡veinte mil francos! decía Luis XIV a cada artículo nuevo del proyecto que le presentaba Le Notre; es decir, veinte mil francos más de contribuciones que se añadían a la miseria pública.

Las arboledas se elevaban de repente como por encanto, plantadas de una sola vez, sin más que un redoble de tambor; las aguas del Sena eran llevadas sobre la montaña; se hacían obras gigantescas para cambiar el cauce del Eure, pero todas esas maravillas se realizaban causando la ruina del pobre; la infantería entera, la gloriosa infantería de Rocroy y de Friburgo, perecía trabajando: treinta y seis mil hombres se hallaban ocupados y se consumían en esas obras reales.

« Todas las noches, dice madama de Sevigné, se llevaban carros llenos de heridos ó de muertos. »

Y luego; triste recuerdo! la sangre de los guardias de corps de la reina que aun enrojece una de las cornisas del palacio, ¿ no atestiguan que el pueblo despues de haber pagado con su dinero y construido con sus brazos el palacio y los parques de Versailles, entró un dia como conquistador y dueño diciendo; Mio es esto?

¿ Porqué hemos de sorprendernos pues si el parisiense de humilde condicion quiere disfrutar hoy de esas sombras y de esas aguas? Sin duda no acude al parque en busca de emociones históricas, ni va á meditar bajo los árboles, ni piensa en las mujeres de otro tiempo, y cuando se pasea en familia por las arboledas, se cuida muy poco de saber que la Dubarry era muy aficionada á ese paseo, que todos los dias tomaba el fresco allí seguida de su famoso negrito zamor que la llevaba la cola del vestido. No, sus conocimientos históricos datan de 1789, y cuando mas ha oido hablar por acaso de las infamias del Parque de los Ciervos.

Se va á pasear allí simplemente en medio de esa verdura la mas frondosa y grande que se encuentra en el mundo; va á disfrutar de la frescura de aquellos lugares y á ver tambien en los dias de gran fiesta los « incomparables efectos de las grandes aguas. » Versailles con sus bosquecillos infinitos, sus innumerables estatuas, sus maravillas de mil géneros, es la villa del pobre, su fantasía imperial, su palacio encantado, tal como le vió á veces en sus sueños, y cuanto mas triste y sombría es su vida diaria, tanto mas aprecia en las horas de fiesta, la esplendente hermosura de esos palacios y esos jardines.

Pero su emocion carece de recogimiento; la muchedumbre no es melancólica, no sutiliza ante esa naturaleza prodigiosa que sorprende el pensamiento de los sabios; no se divierte en comparar los árboles recorta-

dos, las calles tiradas á cordel, con la literatura clásica francesa; no piensa que el parque de Versailles se parece á una tragedia de Racine donde se ve una naturaleza fecunda disciplinada por un arte no ménos fecundo, donde la fantasía se hizo tan regular y el vigor tan moderado que los torpes se hallan á punto de negar ambas cualidades. El parisiense despues de haber recorrido las galerías del palacio, prosigue su paseo bajo esas otras galerías de verdura, bajo esas cúpulas de enramadas, por esos vastos aposentos al aire libre; para él, el parque de Versailles es tambien el palacio;

Sin embargo, que los unos se hallen en el jardin de la reina respirando el perfume de las flores, que los otros corran por el césped ejercitándose infructuosamente en seguir la línea recta á ojos cerrados, dieron las dos y llegan las aguas. Ya se las oye detrás de los árboles; una frescura repentina se esparce en los aires; una húmeda ventilacion agita las hojas; por todas partes, y sin que se sepa de donde salen esos claros murmullos el agua canta, el agua habla como en los cuartos de las hadas:

Strepit lymphæ loquax.

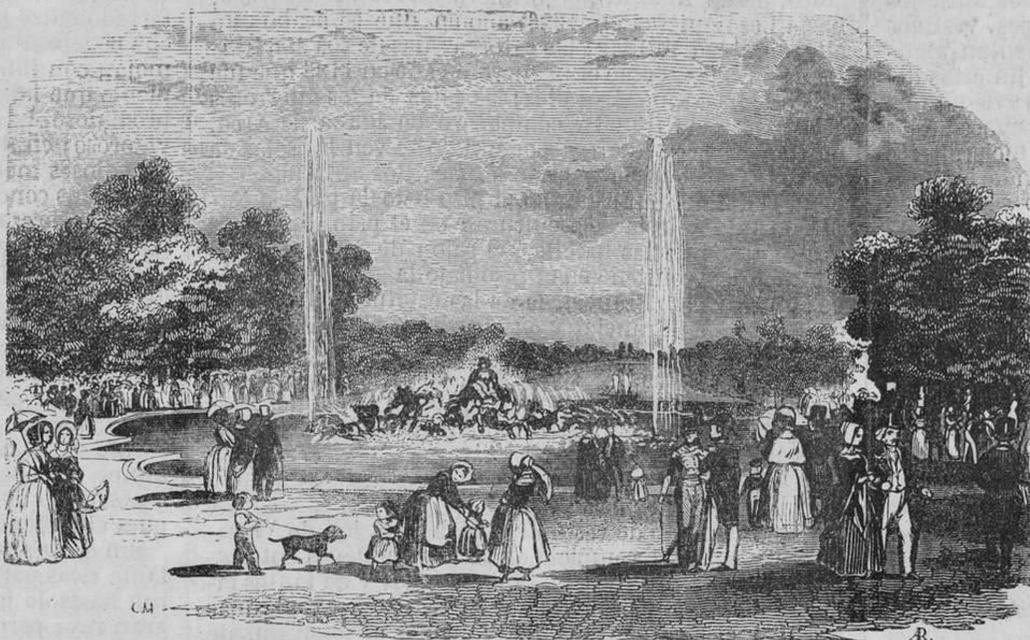
Parece que cada árbol oculta una fuente bulliciosa; que detrás de cada mata se oculta una náyade en lágrimas que solloza armoniosamente; que en cada vaso etrusco los genios familiares toman para hablar entre sí la voz cilla suave y delgada de un surtidor de agua. Luego sobre ese concierto universal se elevan las notas poderosas, los tonos mas graves de las fuentes mayores que lanzan hasta el cielo sus caños soberbios.

Entónces todo el parque toma un aire de fiesta inusitado; todas las estatuas sombrías, encadenadas en sus eternos pedestales se sonrien; las frentes ceñudas de los Césares se aclaran, y el viejo Fauno que desde hace tantos siglos se reia solo en el fondo de los bosques se sorprende de esa alegría unánime, de ese vivo júbilo que se esparce en el aire.

Todas las figuras de dioses, de hombres ó de animales que adornan en número infinito las diversas fuentes del parque son de

una ejecucion perfecta y atestiguan que fueron trabajadas por el cincel de artistas superiores.

Cada fuente se halla colocada bajo la invocacion de alguna divinidad del Olimpo; es una obra emblemática y completa de invencion y de fantasía: aquí se ve la fuente de los Rios y de las Náyades; allá las de Diana, y luego las de Latona. En ese bosquecillo el gigante Encelado, aplastado bajo los restos del monte

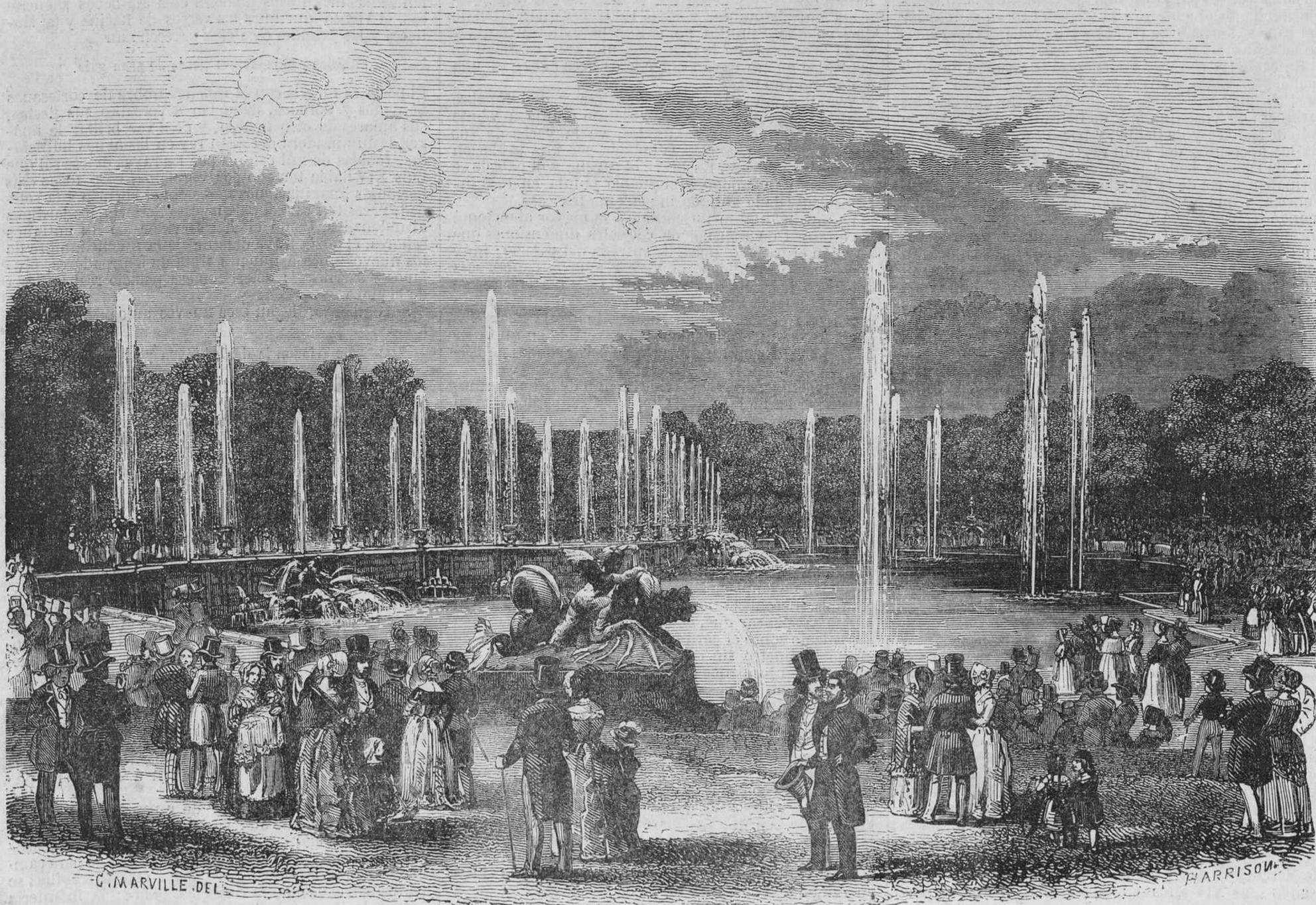


Las aguas de Versailles. — El Carro de Apolo.

las calles, los jardines, las plazuelas, todo poblado de estatuas y de jarrones, constituye las galerías y las calles de verano de ese magnífico palacio. Y de este modo Luis XIV tambien comprendia su jardin, y así le concibió Le Notre

Sacerdote de Flora y de Pomona

como le llamaba La Fontaine.



Las aguas de Versailles. — Fuente de Neptuno.

G. MARVILLE DEL.

HARRISON.

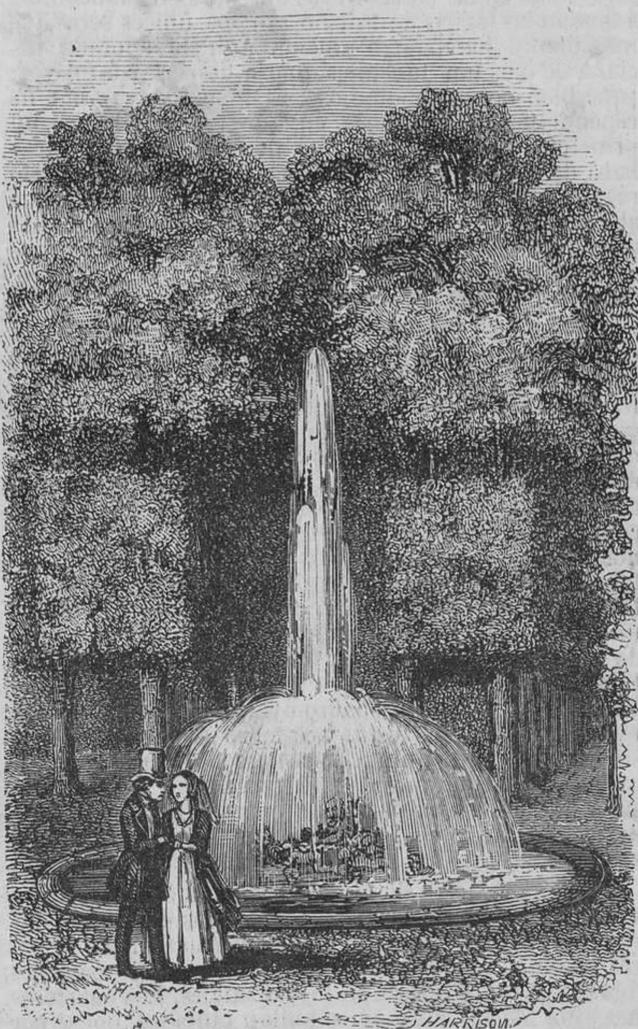
Osa, lanza en su furor hacia el cielo un caño de agua de una altura inconmensurable. Aquí están los *mil surtidores* que se reúnen en un gigantesco obelisco Apolo, como una personificación del monarca se lleva los honores de dos fuentes principales: en la una situada a la extremidad de la célebre *Alfombra-Verde*, está representado ese dios saliendo de los mares, en pie sobre su carro con un tiro de cuatro alazanes rodeado de una falange de tritones y de delfines; la otra ofrece la imagen de una gruta donde Tetis rodeada de sus ninfas recibe al dorado Febo a la hora en que cansado de darnos el día y de dirigir su carro brillante busca en el seno de los mares un alivio á sus fatigas.

Con estos dos elementos tan sencillos en apariencia, grupos de estatuas y agua, los adornistas de Versalles sacaron combinaciones tan variadas, tan inesperadas no solo en las fuentes que acabamos de enumerar, sino en otras veinte que se hallan en esos jardines encantados, que verdaderamente no se sabe lo que se debe admirar más, si el poder de un rey que operaba tales prodigios, ó la sorprendente imaginación de los arquitectos y de los artistas que le secundaban de un modo tan notable.

Pero entre todas ellas la mas extraordinaria es sin contradicción la vasta fuente que se encuentra á la derecha de la fachada del jardín, al extremo opuesto del Invernadero, y la de los Suizos, y que llaman la *Fuente de Neptuno*. Es inmensa: distingúese en ella tres grupos considerables, á saber: el de Neptuno, á cuya izquierda está Anfitrite, y rodeado de ninfas y de monstruos marinos; el de Proteo por Bouchardon y el del Océano por Lemoine.

Los paseantes despues de haber errado todo el día por los jardines, de fuente en fuente y de palacio en palacio, reuniendo el resto de sus fuerzas acuden aquí á la caída de la tarde para asistir á los formidables juegos de las *grandes aguas*. Por lo regular no principian á correr hasta las cinco, cuando todas las demás se han agotado sucesivamente. Al llegar la hora en que á su vez debe mostrar al público sus magnificencias, se nota en la muchedumbre un recogimiento verdaderamente solemne. Un grito de entusiasmo se eleva de todos los pechos en el momento en que saltan cruzándose y combinándose aquellos caños de agua de una fuerza, de un volumen y altura incomparables, por todas las bocas de dioses, tritones y animales, por todos los jarrones que guarnecen el borde de la fuente. Nada en el mundo podría dar una idea ni aun aproximada de ese de-

sencadenamiento universal de la onda, de esas lluvias de piedras preciosas que saltan con estrépito y que in-



Las aguas de Versalles. — Fuente de Saturno ó del Invierno.

vaden el cielo, cruzadas por arcos de mil colores que forman los rayos solares descompuestos por esa multi-

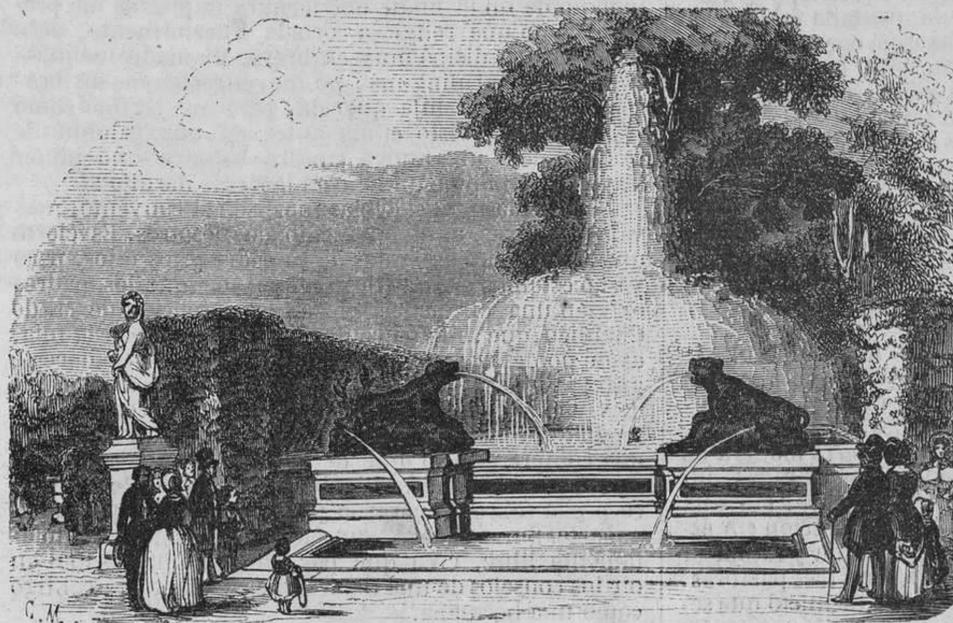
tud de prismas. Semejante espectáculo bastaria para re compensar á los visitantes de su cansancio.

Pero de repente la tempestad se apacigua, el murmullo cesa de repente, los monstruos se callan, la voz y el agua se detienen en sus gargantas, los surtidores se apagan como los cohetes en el aire, el espectáculo entero se eclipsa, y los espectadores deslumbrados se quedan un instante en contemplacion ante aquellos grupos de bronce y de mármol que cesaron sus juegos y sus combates.

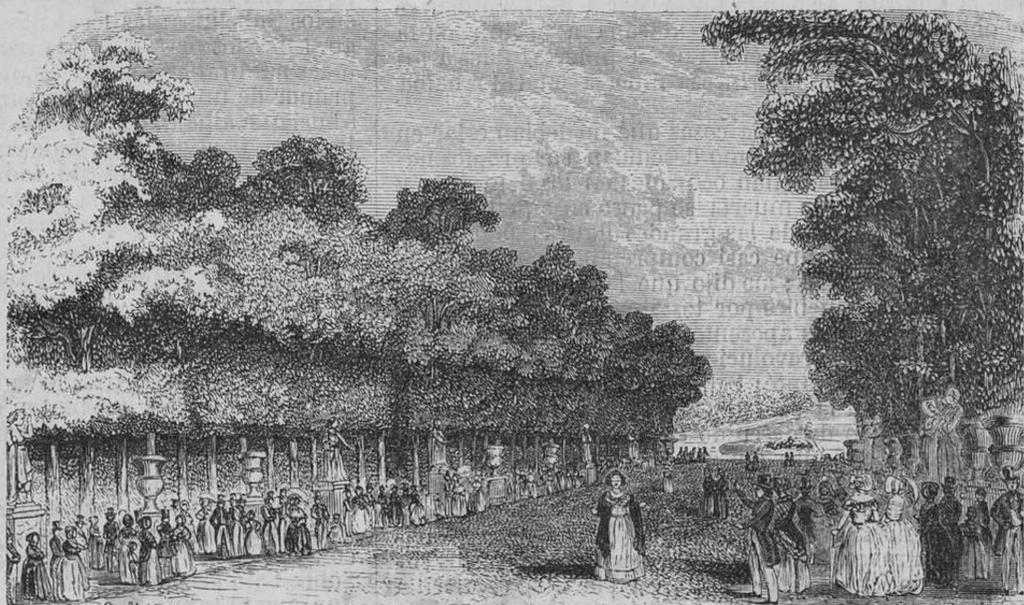
El espectáculo se acabó; pero ántes de marchar al camino de hierro, tenemos que echar una última mirada sobre el parque olvidado un instante por las aguas; vamos á ver desde lo alto de la escalera principal como se pone el sol en la larga fuente resplandeciente como el oro, y despues miraremos volviéndonos los balcones del palacio iluminados por los últimos rayos del día, en tanto que en los bosques vecinos sobre las verdes colinas se eleva ya el lucero de la noche; iremos á lo mas recóndito de las enramadas á sorprender las últimas luces entre las hojas, á escuchar el último canto del ruiseñor que suelta sus gorgoritos sobre la cabeza de las estatuas griegas; permaneceremos sentados junto á unas matas solitarias, contemplando las sombras invasoras, respirando las primeras brisas de la noche, y entonces el parque nos parecerá mas bello, mas sorprendente aun que durante las horas en que el jardín entero parecia un palacio de agua, semejante á aquellas mágicas galerías de diamantes y de carbunclos que las hadas habitaban en sus islas dichosas.

Por mas que Luis XIV gastó muchos millones y empleó muchos regimientos para construir sus jardines de Versalles, no pudo ver en él lo que nosotros; nuestro parque de hoy es cien veces mas regio que el suyo; y si las aguas son mas pobres que entonces, si las estatuas han ennegrecido, en cambio los árboles se han hecho grandes, las sombras son mas profundas; aquella naturaleza transplantada de las selvas vecinas y entristecida en un principio por el despotismo del arte, ha concluido por adoptar su segunda patria y ha reconquistado contra los jardineros, su libertad, su vigor, su fantasía. Los árboles sacuden en los aires sus copas frondosas, el bosque crece á su alvedrío; la estatua de Pomona reina sobre sus raices pero los pájaros del cielo cantan sobre sus copas. El parque, como dijo Delille, es hoy « La obra maestra de un gran rey, de Le Notre y de los años.»

J. P.



Las aguas de Versalles. — Fuente de la Aurora.



Las aguas de Versalles. — La Arboleda de la Alfombra-Verde.

ELVIRA Y LUISA.

I.

Á LA SEÑORITA ELVIRA DE MAUCOMBE.

Paris setiembre.

Querida mia: yo tambien ando de viaje, y como no me has escrito á Blois, soy la primera en entablar nuestra correspondencia convenida. Alza tus hermosos ojos negros fijos en mi primera frase, y guarda todo tu asombro para la carta en que te confie mi primer amor; ¿acaso hay luego otro? — Calla, exclamarás tú, y dime primero como saliste de aquel convento donde debias tomar el velo. — Querida mia, suceda lo que quiera en el monasterio de Carmelitas, el milagro de mi libertad es la cosa mas natural del mundo. Las alarmas de una conciencia espantada se hicieron superiores á las órdenes de una política inflexible, ya lo sabes. Mi tia que no queria verme morir por consunción, venció á mi madre que no veia mas remedio que el noviciado para mi enfermedad, y la negra melancolía en que caí despues de tu marcha, apresuró aquel desenlace. De modo que estoy en Paris, ángel mio, y siéndote deudora de esta dicha tan grande. Elvira mia, si me hubieras visto el día en que me dejaste, tu corazón hubiera rebotado de júbilo por haber inspirado tan hondos sentimientos á un corazón tan joven. Nos he-

mos mecido juntas en tan dulces ilusiones, tantas veces hemos desplegado á un tiempo nuestras alas y hemos llevado tanto tiempo una vida en comun, que creo que nuestras almas se hallan soldadas una á otra, como aquellas dos niñas húngaras cuya muerte nos contó M. Beauvisage (hermoso rostro), que por cierto tenia un nombre chocante con su persona, pero jamás se pudo elegir un médico mejor para un convento. ¿No has estado enferma cuando lo estuve yo? En el sombrío abatimiento en que me hallé postrada, fui reconociendo uno por uno los lazos que nos unen, creí verlos rotos por la separacion, y aborreciendo la existencia como una tortolilla que se queda sola, hallaba dulce la muerte y me extinguía en la serenidad mas apacible. ¡Sola en el convento, temiendo el instante de mi profesion sin el prefacio de Mlle. de la Valliere y sin mi Elvira, ¡ya conoces que debia estar enferma, enferma de muerte! Aquella vida monotonica en que cada hora tiene su deber, la oracion, el trabajo, siempre y siempre lo mismo, de manera que en todas partes se puede decir lo que hace una carmelita á tal ó cual hora del día ó de la noche, aquella triste existencia en la que nada importa que las cosas que se hallan en nuestro derredor sean ó no sean, se habia vuelto para nosotras una existencia variada al infinito; el vuelo de nuestro espíritu no conocia límites, la fantasía nos habia dado la llave de sus reinos, alternativamente éramos la una para la otra un hermoso hipogrifo, la mas despierta animaba á la mas aletargada, y nuestras almas juegue-

teaban á porfía apoderándose del mundo que nos estaba prohibido...

Mi tia ignoraba nuestra vida interior, y no podia explicarse mi abatimiento, cuando ella se habia creado un mundo celestial entre aquellas cuatro paredes. Para que á nuestros años se pueda abrazar la vida religiosa se requiere una excesiva sencillez de que nosotras carecemos, querida mia, ó el ardor del sacrificio que hace de mi tia una criatura sublime.

Desde hace quince dias tengo tantas palabras locas en el cuerpo, tantas meditaciones enterradas en el corazón, tantas observaciones y tantas cosas que solo tú puedes saber, que sin el remedio de nuestras confianzas escritas en vez de nuestras conversaciones amistosas, me ahogaria. La vida del corazón nos es muy necesaria. Yo principio hoy mi diario, y me imagino que el tuyo lo está ya, que en breve viviré en tu hermoso valle de Gemacos, que solo conozco por lo que tú me has dicho de él, así como tú vivirás en Paris, que solo conoces por lo que en el convento nos figurábamos.

Pues has de saber, hermosa mia, que una mañana que quedará señalada con una cinta de color de rosa en el libro de mi vida, llegó de Paris una doncella con Felipe, el último ayuda de cámara de mi abuela, enviándome para llevarme. Mi tia me llamó á su cuarto, y al darme la noticia fué tal el gozo que experimenté que me quedé mirándola embobecida.

— Hija mia, me dijo con su voz gutural, veo que

me dejas sin sentimiento, pero este adiós no es el último, nos veremos un día; Dios te ha marcado en la frente con la señal de los escogidos; posees el orgullo que conduce igualmente al cielo y al infierno, pero tu nobleza será tu salvaguardia en esta vida. Te conozco mejor que tú misma: la pasión no será en tí lo que en las personas ordinarias.

Y me llevó hacia sí y me besó en la frente donde sentí ese fuego que á ella la devora, ese fuego que ennegreció el azul de sus ojos, que llenó de arrugas sus sienes doradas y que dió un color amarillo á su hermoso rostro. Yo temblaba como la hojar en el árbol, y ántes de responder la besé las manos.

— Mi querida tia, la dije, si vuestras adorables bondades no han podido hacer de vuestro Paraclito un albergue saludable para mi cuerpo y dulce para mi corazón, tendria que haber vertido tantas lágrimas para volver á él, que no debeis desear mi venida. No quiero volver aquí sino abandonada por mi Luis XIV, y si hallo uno, la muerte sola me le arrancará; no me inspiran recelos las Montespán.

— Loca, loca, me respondió sonriendo, no dejes aquí esas ideas vanas, llévate las, y ten entendido que mas eres Montespán que la Valliere.

La di un abrazo y un beso. La pobre mujer me acompañó hasta el coche, y sus ojos se fijaron alternativamente en las armas paternas y en mi persona.

La noche me sorprendió en Beaugency sumergida en el letargo moral que me produjo aquella singular despedida. ¿Qué debo hallar, pues, en un mundo que tanto he deseado? Primeramente, no encontré á nadie para recibirme; los preparativos de mi corazón fueron inútiles; mi madre estaba de paseo y mi padre en el consejo; en cuanto á mi hermano el duque de Rhetoré, me dijeron que solo entra en casa para vestirse ántes de comer. La doncella Griffith y Felipe me llevaron á mi aposento.

Este aposento es el de aquella abuela tan querida, la princesa de Vauremont, á quien debo una fortuna, y de quien nadie me ha dicho una palabra. Leyendo estas líneas participarás de la tristeza que se apoderó de mi corazón cuando entré en aquel lugar consagrado por mis recuerdos: el aposento estaba como le habia dejado; iba á dormir en la cama en que murió.

Sentada al borde de su silla de alto respaldo, eché á llorar sin acordarme de que no estaba sola; pensé que en aquel lugar me habia arrodillado muchas veces para escucharla mejor. Allí habia visto su rostro perdido entre sus encajes amarillentos, y enflaquecido por los años y por los dolores de la agonía. Hasta la atmósfera de aquel cuarto me parecia la misma. ¿Cómo es que la señorita Armanda Luisa-Maria de Chaulieu se ve obligada como una triste aldeana á dormir en la cama de su madre casi el día de su muerte? Pues á mí se me figuraba que la princesa muerta en 1817 habia expirado la víspera.

En aquel aposento veia cosas que no debian estar en él y que me probaban como descuidan sus propios negocios los que se hallan ocupados en los del reino, y cuán poco, una vez muerta se pensó en aquella noble mujer que será una de las grandes figuras femeninas del siglo XVIII. Felipe casi comprendió de donde procedian mis lágrimas; me dijo que la princesa me habia legado sus muebles por testamento, y que además mi padre dejaba los aposentos principales en el estado en que los puso la revolución.

Entonces me levanté; Felipe me abrió la puerta del cuarto que da á la sala de recepcion y le encontré en el mismo estado de descuido en que se hallaba ántes; los cuarterones de las puertas que contenian pinturas preciosas, muestran sus marcos vacíos, los mármoles están rotos, los espejos han desaparecido. En otro tiempo teniendo yo miedo de subir la escalera principal y de atravesar las soledades de aquellos vastos salones, iba al cuarto de la princesa por una escalerilla excusada que conduce á la puerta oculta de su gabinete de tocador.

La habitacion, compuesta de una sala, una alcoba y de aquel bonito gabinete vermellon y oro de que ya te he hablado, ocupa el pabellon del lado de los Inválidos. El palacio se halla separado del boulevard por una pared de enredaderas y por una magnífica calle de árboles cuyas frondosas copas se mezclan con las de los olmos del boulevard. Sin la cúpula azul y oro, sin las pardas masas de los Inválidos podria creerse en un bosque. El estilo de estas tres piezas y el lugar que ocupan prueban que en otro tiempo eran los aposentos de recibo de las duquesas de Chaulieu; los de los duques deben encontrarse en el pabellon opuesto, y ambas habitaciones se hallan separadas por los dos cuerpos de casa y por el pabellon de la fachada donde se hallan esos grandes salones oscuros y sonoros que Felipe me mostraba aun desnudos de su antiguo esplendor, en el mismo estado que los ví en mi infancia.

Felipe tomó un aire confidencial al notar el asombro que se pintaba en mi fisonomía. Querida mia, en esta casa diplomática todas las gentes son discretas y misteriosas. Entonces me dijo que se esperaba una ley en cuya virtud se devolveria á los emigrados el valor de sus bienes, y que mi padre deja la restauracion de su palacio para ese tiempo, pues el arquitecto del rey habia calculado el gasto en trescientas mil libras.

Al oír esta confidencia caí sentada en el sofá de mi sala; ¿con qué mi padre en vez de emplear esa suma en casarme, me dejaria morir en el convento? Tal fué la reflexion que se me ocurrió al umbral de aquella puerta. ¡Elvira! ¿cómo recostaba mi cabeza sobre tu

hombro, para acordarme de aquellos días en que mi abuelo animaba estos dos aposentos! Mi abuela que ya solo existe en mi corazón, tú, que estás en Maucombe, á doscientas leguas de mí, hé ahí los únicos seres que me aman ó que me han amado. Aquella adorada anciana de ojos tan juveniles queria despertar á mi voz; ¡qué bien nos entendiamos! El recuerdo cambió de repente las disposiciones en que me hallaba en un principio; hallé un no sé qué de santo en lo que acababa de parecerme una profanacion, me pareció grato respirar el vago olor de los polvos á la mariscala que allí subsistia, y dormir bajo la proteccion de aquellas colgadas de damasco amarillo con dibujos blancos donde sus miradas y su aliento han debido dejar alguna cosa de su alma.

Dije á Felipe que devolviera el brillo á los mismos objetos, que diera á mi habitacion la vida propia de aquellos aposentos; le indiqué como queria vivir señalando un sitio á cada mueble, y pasé una revista general al tomar posesion de todo, diciendo como podian rejuvenecerse aquellas antigüedades que son tan de mi gusto. La sala es de un color blanco un poco apagado por el tiempo, asi como tambien el oro de los caprichosos arabescos muestra tintas rojizas en algunos lugares, pero estos efectos se armonizan con los colores pasados ya de la alfombra de la Savonnerie que Luis XV regaló á mi abuela, con su retrato. El reloj es un obsequio del mariscal de Sajonia, y las porcelanas de la chimenea provienen del mariscal de Richelieu. El retrato de mi abuela, que la representa á los veinticinco años, está en un cuadro ovalado en frente del rey. El príncipe no está, y celebro ese olvido franco, sin hipocresia, que pinta perfectamente aquel delicioso carácter. En una grande enfermedad que tuvo mi tia, su confesor insistia para que entrara el príncipe que estaba espirando en la sala: « Con el médico y las recetas » contestó ella.

La cama tiene su dosel correspondiente: las cortinas son abundantes de seda, y los muebles de madera dorada, se hallan cubiertos de damasco amarillo de flores blancas, tela que se ve igualmente en los balcones forrada de seda blanca en los cortinajes. Los cuarterones altos de las puertas se hallan pintados no sé por quien, pero representan la aurora y una noche de luna. La chimenea tiene adornos de un gusto curioso; se ve que en el siglo último se vivia mucho junto á la lumbre. Efectivamente allí pasaban grandes acontecimientos; el interior de cobre dorado es una maravilla de escultura; el dintel es primoroso, la badila y las tenazas están trabajadas con un arte exquisito, y el fuelle es una joya. La tapiceria de la pantalla está hecha en los Gobelinos; las locas figuras que corren á lo largo, sobre los pies, sobre la barra, sobre las ramas, son todas admirables; en fin, es una pieza trabajada con el primor de un abanico. Desearia saber quien la regaló semejante alhaja. ¡Cuántas veces la ví con los pies sobre la barra, tendida en su butaca, con su vestido un poco levantado por su actitud, tomando y dejando su caja de polvo sobre la mesita entre sus pastillas y sus guantes de seda! ¡Qué coqueteria! Hasta el día de su muerte tuvo cuidado de sí como si se encontrase en los tiempos en que la retrataron, como si esperase la flor de la corte para rendirla homenaje.

La butaca me ha recordado aquel inimitable movimiento que daba á su vestido cuando se sentaba. Las mujeres del tiempo pasado se llevan consigo á la tumba ciertos secretos que pintan su época. La princesa tenia ciertos movimientos de cabeza, cierta manera de pronunciar sus palabras y de lanzar sus miradas, un lenguaje particular que no tiene mi madre; era una mezcla de finura y de candidez, habia intencion sin estudio. Su conversacion era á la vez prolija y lacónica; contaba bien y pintaba perfectamente en tres palabras. Sobre todo poseia esa excesiva libertad de juicio que seguramente influyó en el giro de mi entendimiento. De siete á diez años viví en su falda; estando juntas, ya se sabia que las dos estábamos contentas, y esta predileccion fué causa de mas de una disputa entre ella y mi madre. Pero ahora bien, nada atiza mejor un sentimiento que el viento helado de la persecucion; con cuanta gracia me decia: « ¡Ya estás aquí, picaruela! » cuando la culebra de la curiosidad me habia prestado sus movimientos para deslizarme hasta su aposento. Sabia que yo la amaba, y la encantaba este amor sencillo que alegraba su invierno con un rayo del sol.

Ignoro lo que pasaba por la noche en su aposento, pero recibia mucha gente: cuando yo iba por la mañana de puntillas para ver si habia luz en su cuarto, veia los muebles de la sala fuera de sus sitios, puestas las mesas de juego y mucho tabaco en varios lugares. La sala es del mismo estilo que el cuarto, los muebles presentan formas singulares, las molduras de la madera son huecas, los pies retorcidos y delgados. Guirnalda de flores ricamente esculpidas y de un bello carácter, serperteaban por entre los espejos y caen á lo largo de ellos en festones. El fondo de las telas que cubren los muebles es punzó y blanco. Mi abuela era una mujer morena, altiva y graciosa, esto se adivina en la eleccion de sus colores.

En la sala hallé una mesa de escribir cuyas figuras ocuparon mucho mis miradas en otro tiempo; toda ella está ensamblada de plata cincelada, sin duda se la regaló algun Lomellini de Génova. A cada lado tiene un cuadrillo representando las faenas de cada estacion; los personajes son en relieve, y hay centenares de ellos en cada cuadro. Dos horas me he estado sola recuperando mis recuerdos uno por uno en el santuario donde

espiró una de las mujeres mas célebres de la corte de Luis XV, por su gracia y su belleza.

Ya sabes como me separaron de ella de repente en 1816.

— Vés á despedirte de tu abuela, me dijo mi madre. Y encontré á la princesa no sorprendida de mi marcha, sino insensible en apariencia. Me recibió como de costumbre, y me dijo:

— Entras en el convento, hija mia, y allí encontrarás á tu tia, que es una mujer excelente. Tendré buen cuidado de que no te sacrifiquen, serás independiente y podrás casarte á tu gusto.

Seis meses despues falleció, habiendo entregado su testamento al mas asiduo de sus antiguos amigos, al príncipe de Talleyrand, que estando de visita en casa de la señorita de Chargebœuf halló medio de comunicarme por ella que mi abuela me prohibia tomar el velo. Me prometó que tarde ó temprano veré al príncipe y me dará mas explicaciones sobre el asunto.

Así pues, querida Elvira, si no he encontrado á nadie para recibirme, me he consolado con la sombra de la adorada princesa, y me hallo en estado de cumplir uno de nuestros convenios, que es, como sabes, iniciarnos en los pormenores mas insignificantes de nuestra morada y de nuestra vida. ¡Es tan grato el saber dónde y cómo vive la persona que amamos! Pintame con detenimiento las menores cosas que te rodean, todo hasta los efectos del sol poniente entre los árboles.

10 de octubre.

Llegué á las tres de la tarde, y á las cinco y media, Rosa vino á decirme que mi madre estaba de vuelta y bajé á presentarla mis respetos.

Mi madre ocupa en el piso bajo un aposento dispuesto como el mio en el mismo pabellon; yo me hallo encima y tenemos la misma escalera secreta. Mi padre se encuentra en el pabellon opuesto; pero como en el lado del patio hay además el espacio que ocupa en el nuestro la escalera principal, su habitacion es mucho mas grande que la nuestra. A pesar de los deberes de su posicion despues de la vuelta de los Borbones, mi padre y mi madre continúan habitando en el piso bajo donde reciben, tal es la capacidad de las casas de nuestros abuelos.

Encontré á mi madre vestida ya en su sala, donde no distinguí ningun cambio. De escalon en escalon bajé preguntándome que seria para mí aquella mujer que cumplió con sus deberes de madre en ocho años escribiéndome las dos cartas que sabes. Pensando que era indigno de mí el fingir una ternura imposible me presenté como una religiosa cortada interiormente, pero este apuro se disipó muy en breve. Mi madre se mostró afable cual ninguna; no me estrechó en sus brazos como á una hija querida, pero me recibió como si me hubiese visto el día ántes, en una palabra me trató como á una amiga sincera, como á una mujer hecha, y dándome un beso en la frente me dijo:

— Querida mia, si debias morir en el convento, mas vale que vivas aquí en medio de nosotros. Es cierto que engañas los designios de tu padre y los míos, pero ya no estamos en aquellos tiempos en que los padres exigian una obediencia ciega. La intencion de M. de Chaulieu, que se ha encontrado de acuerdo con la mia, es de no descuidar la mas mínima cosa para hacerte grata la vida, y para que veas la sociedad en que has de vivir. A tus años yo hubiera pensado como tú, de modo que haria mal en quejarme, porque es imposible que comprendas lo que te pediamos. No encontrarás en mí una severidad ridicula, y si concebiste alguna sospecha sobre mi corazón pronto conocerás que te engañaba. Sin embargo, aunque quiera dejarte completamente libre, creo que por ahora no harias mal en oír los consejos de una madre que se conducirá contigo como una hermana.

La duquesa hablaba con una voz muy suave, y mientras tanto ponía en orden mi manteleta de colegiala. Te confieso que me ha seducido. A treinta y ocho años es todavía hermosa como un ángel: tiene los ojos de un negro azulado, las cejas como de seda, una frente sin arrugas, un cutis blanco y rosado como si se pintara, unos hombros y un pecho sorprendentes, un talle fino y flexible como el tuyo, una mano hermosísima, blanca como la leche, con unas uñas donde se ve la luz, á fuerza de estar bien cuidadas, el dedo pequeño ligeramente separado, y el pulgar torneado como el marfil; por último, tiene el pié correspondiente á su mano, el pié español de la señorita de Vandenesse. Si está así á los cuarenta años, aun estará hermosa á los sesenta.

Yo respondí como una hija obediente, me porté como ella se habia portado conmigo, y si hubo alguna ventaja entre las dos, seguramente no quedó de su parte. Su hermosura me desarmó; la perdoné mi abandono, pues comprendí que una mujer como ella debia verse arrastrada en todas sus acciones por su papel de reina. Así se lo dije ingenuamente, como si hubiera estado hablando contigo. Quizá no esperaba un lenguaje de amor en la boca de su hija, pero lo cierto es que los sinceros homenajes de mi admiracion la tienen muy contenta; sus maneras han cambiado, son mas afables todavía.

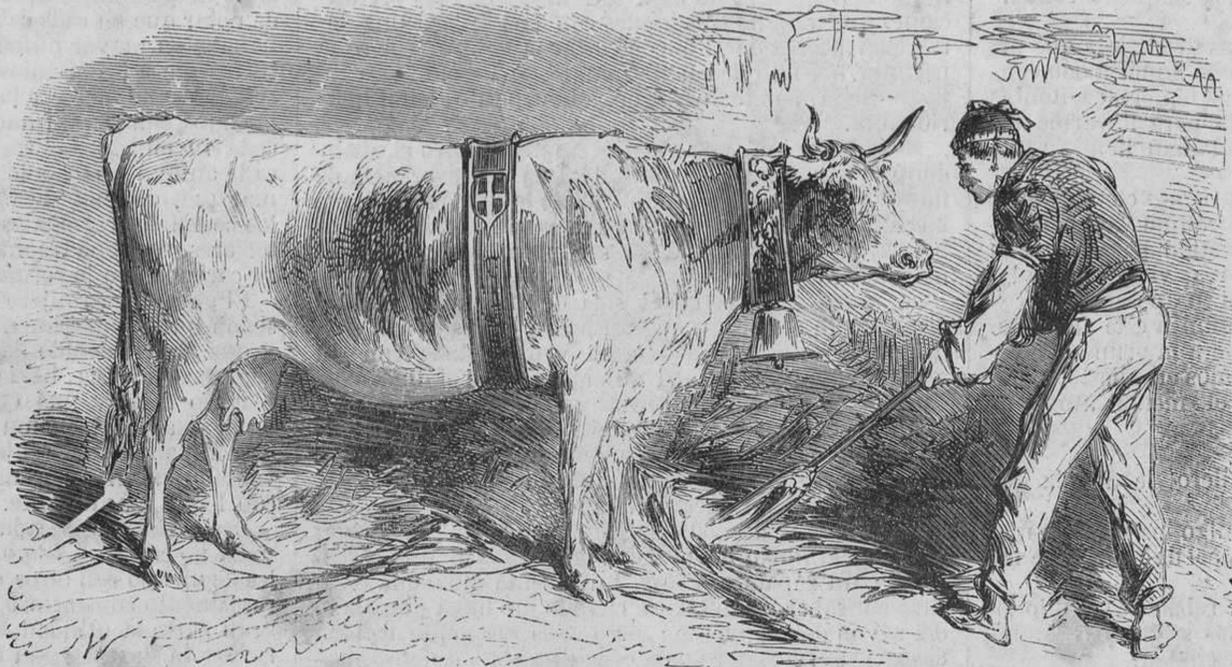
— Eres una buena hija y me prometo que permaneceremos siempre buenas amigas.

Estas palabras me han parecido impregnadas de una ingenuidad adorable; no he querido dejar traslucir mis sentimientos, pues al instante se me ocurrió que debo dejarla creer que es mucho mas astuta que su

para remediar la escasez que se experimenta. La importación mas elevada, que ha sido la de 1854, arroja solo 84,000 cabezas, lo que no vale nada en comparación de la matanza anual del ganado francés que en tiempos ordinarios se eleva á 1,300,000 cabezas.

Ahora se comprenderá la utilidad de tener en los campos, el buey precoz que en dos años engorda; la escasez se habría remediado prontamente.

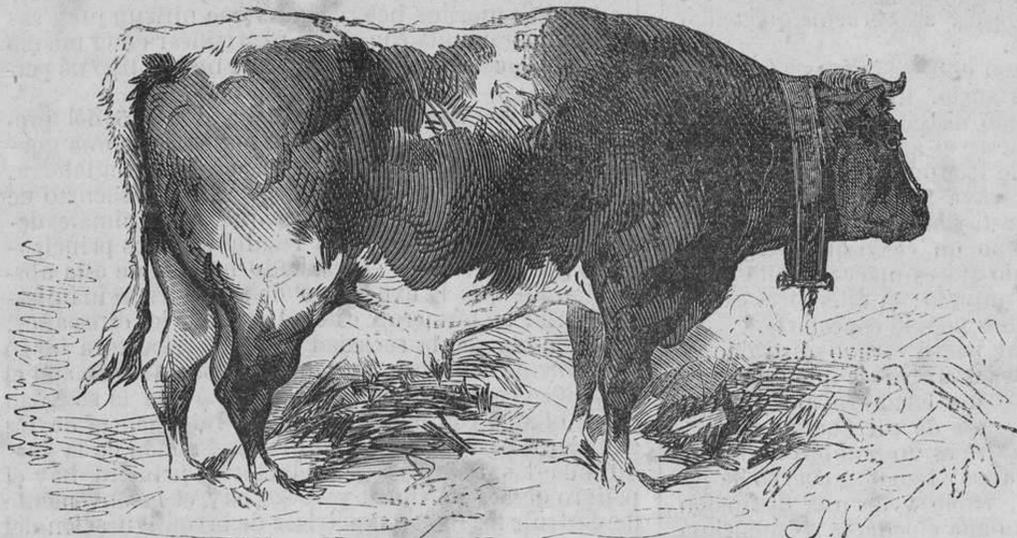
De todos modos, volviendo á nuestra exposición, dispuesta de una manera digna de todo elogio, consignamos aquí con el mayor placer que la mayor parte de los animales que en ella figuraban eran hermosos.



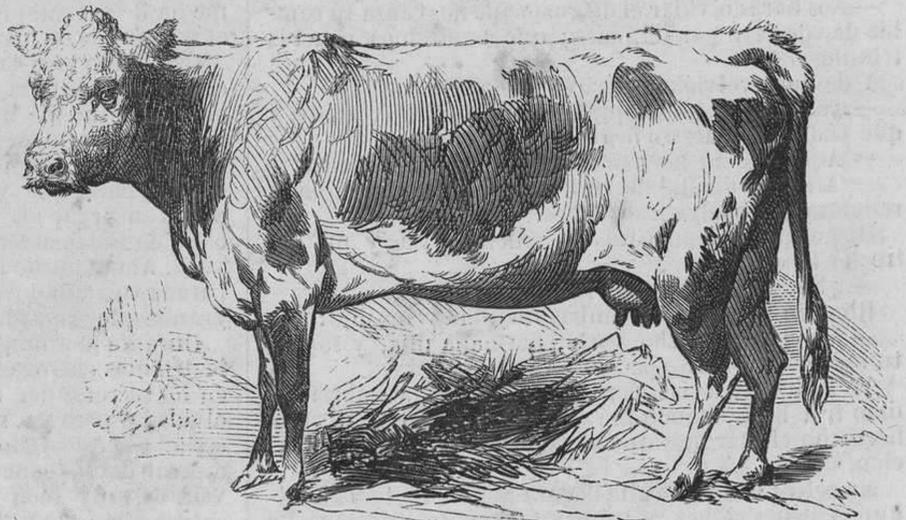
Vaca de Saanen, presentada por M. C. Muller, de Blankenburg (Berna), 1^{er} premio.

La mezcla de la graciosa raza inglesa del condado de Ayr y la raza bretona, ha producido los mejores resultados. También han llamado la atención dos mezclas de la raza francesa cotentina, con las dos razas sin cuernos irlandesa y escocesa. El ganadero es M. Dutrône. El duque de Orleans en el establecimiento de Meudon había introducido esas dos razas inglesa y escocesa sin cuernos y obtenía ya brillantes resultados. Es probable que el ejemplo se seguirá en la Normandía con lo que ganará mucho la producción de su leche.

Los gallos y gallinas de la raza Dorking han conquistado este año una excelente reputación al



Toro presentado por lord Feversham (Yorkshire), 1^{er} premio.



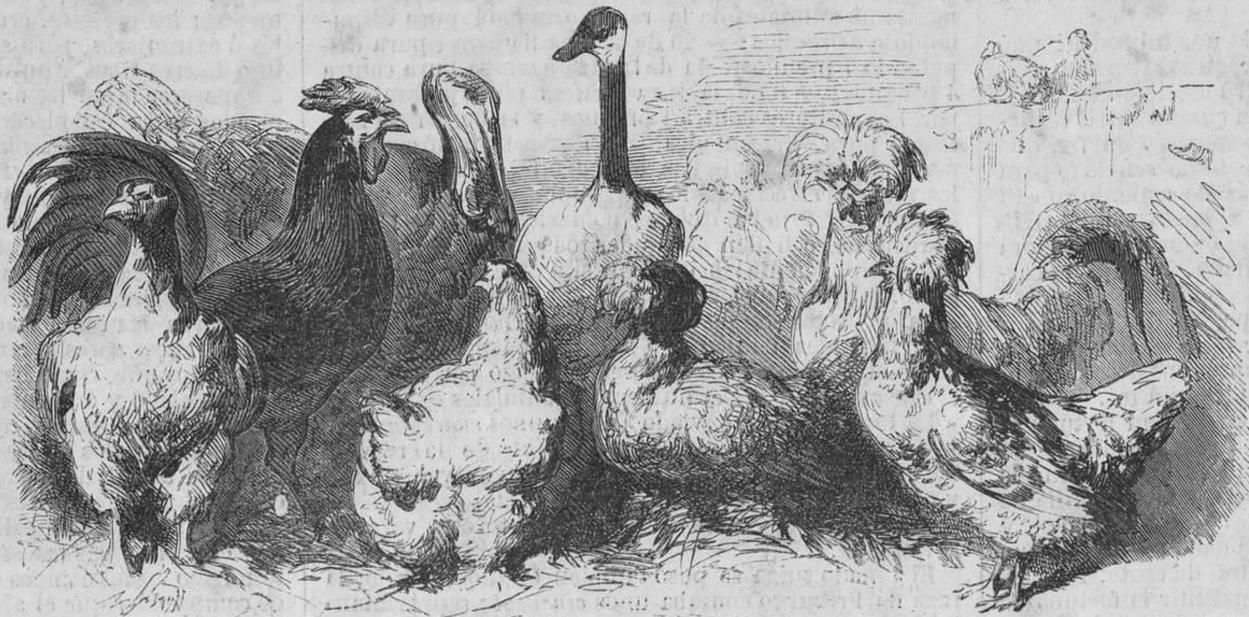
Vaca escocesa sin cuernos, presentada por M. Dutrône (Calvados).



Ovejas de Dishley, presentadas por M. Watkins (2^o premio). — Marrana presentada por el marqués de Dampierre. — Moruecos merinos presentados por M. Kind (Sajonia), 1^{er} premio.

lado de las razas de Cochinchina. M. Fisher Hobbs, de Boxted-Lodge (Essex) es el promotor de la raza dorking, raza que no exige muchos cuidados, su carne es buena, y en cuanto al número de huevos que puede dar una gallina ponedora, la experiencia parece haber probado que no se deben esperar mas de 600 á saber: 80 el primer año, 120 el segundo, 120 el tercero y 80 el cuarto y así en disminución los años siguientes. De esto parece resultar que á cinco años deben matarse estas gallinas.

En cuanto á los puercos repetiremos la observación que hemos oído hacer á muchos inteligentes. ¿Porqué persiste



Gallinas de Cochinchina, gallos y gallinas de Brahma-Poutras y de Dorking, pavo, ganso y gallo de combate.

el programa en mantener las categorías distintas de las razas grandes y pequeñas según su altura vertical? La altura útil de un puerco no se mide como la del caballo; se debe medir desde lo alto de la cabeza hasta el nacimiento del rabo. La vertical no significa nada; la horizontal es todo, pues en último resultado el animal se vende al peso, y el peso de las extremidades no entra en el precio de venta. La raza de Leicester es por lo ménos tan larga y mas gruesa que la raza craonesa de Francia, por manera que la colocan impropriamente entre las razas pequeñas.

S. G. L.